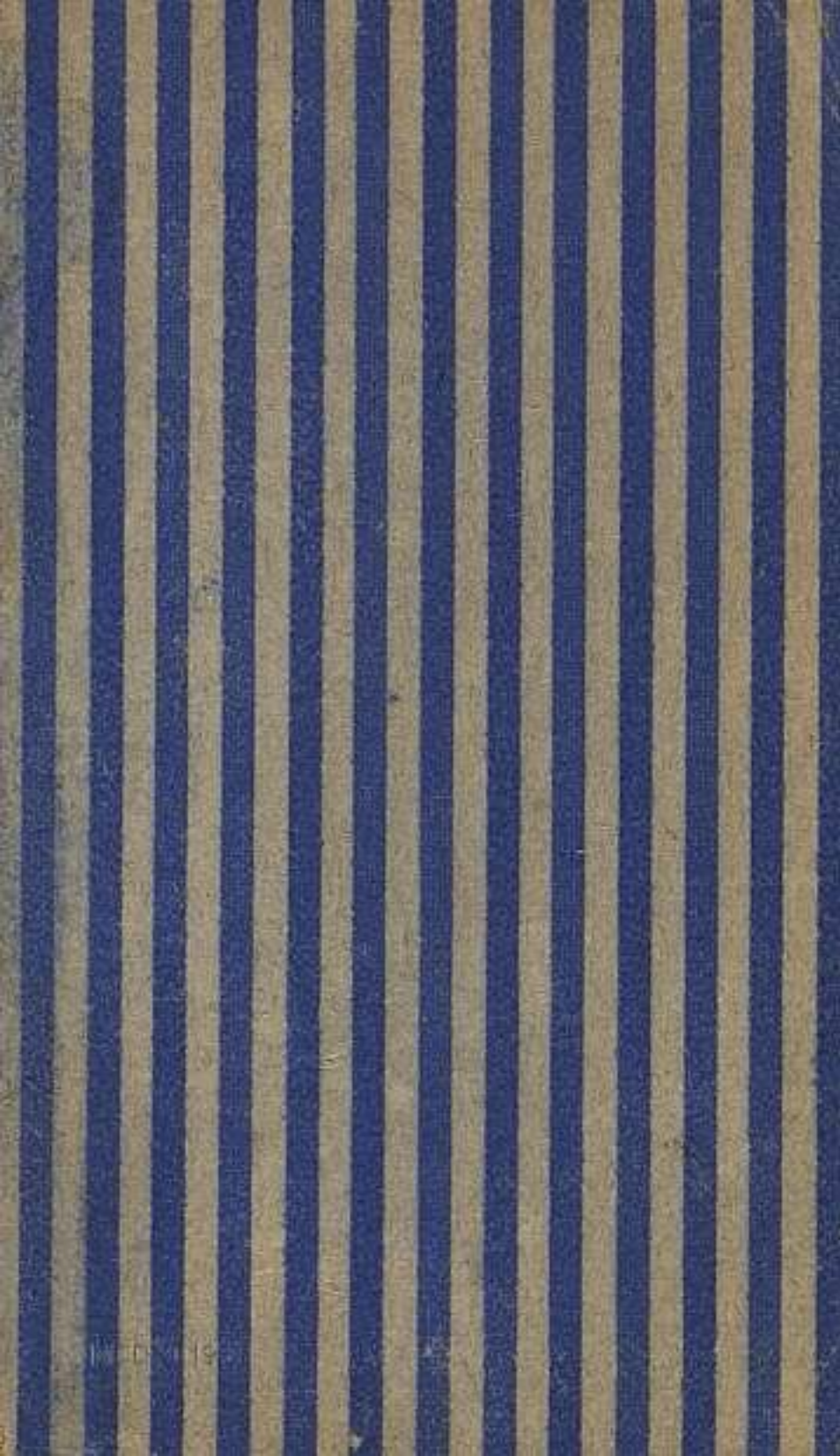




VIDA
de la
SANTISIMA
VIRGEN





Dr. Jos. Pons 27



RMS

VIDA
DE LA
SANTÍSIMA VÍRGEN.



MCD. 2019



MURILLO, P.^{to}

B. MAURA, D.^{to} Y G.^{to} 1382.

72-948

VIDA

DE LA

SANTÍSIMA VÍRGEN

por el

P. P. DE RIVADENEIRA

de la Comp. de Jesus

NUEVA EDICION

aumentada con varias Oraciones
del mismo Autor

MADRID

José del Ojo y Gómez, Editor
Leganitos, 18, 2.º

1882

R. 25478

Est. Tip. de los Sucesores de Riv.^a

VIDA
DE LA
SANTÍSIMA VÍRGEN.

DESPUES de la vida de nuestro Salvador, que es espejo, regla y medida de toda santidad, debemos poner los ojos en la vida de su purísima Madre, que fué escogida de Dios para la mayor dignidad que puede caber en pura criatura; y para ella fué adornada de los mayores dones y virtudes que á nadie fueron concedidos. Una de las cosas en que Dios

más ha declarado la grandeza de su bondad, sabiduría y omnipotencia, es la santidad de esta Vírgen, cuya vida, escrita breve é historialmente, es la que se sigue :

LA SACRATÍSIMA VÍRGEN MARÍA, nuestra Señora, fué de Nazareth, ciudad de Galilea, é hija de padres nobles y ricos. Su padre se llamó Joaquin, natural de Nazareth: su madre Ana, de la ciudad de Belem. Eran los dos de la tribu de Judá, y del linaje real de David: Joaquin, por vía de Nathan, y Ana por vía del rey Salomon, que ambos fueron hijos de David. Estos bienaventurados padres de la Vírgen eran de vida santísima, como convenia que fuese el árbol que habia de producir tal fruto. Empleábanse en la guarda de la ley con gran cuidado, en ayunos, oracio-

nes y limosnas: repartían sus rentas en tres partes: una gastaban en el culto divino y ministerios del templo; otra en los pobres, y la otra en el gasto de sus personas y familia.

Habían vivido veinte años casados sin tener hijos, porque Ana era estéril, y por esta causa estaban tristes y afligidos, y como avergonzados y corridos; porque en aquel pueblo carnal se tenía la esterilidad por un género de oprobio y castigo de Dios, al cual estos santos casados suplicaban con grande instancia, de día y de noche, que les diese fruto de bendición, prometiéndole de consagrar á su Divina Majestad el hijo ó hija que les diese. Perseverando en esta oracion, un ángel apareció á Joaquin, que estaba en la majada de sus pastores, y le dijo que Dios había oído sus ruegos, y

que tendria una hija que se llamaria María y seria madre del Salvador del mundo. La misma revelacion tuvo Santa Ana en un huerto, en donde vivia apartada. Comunicáronlo entre sí, y hallaron que convenia muy bien lo que el ángel habia dicho al uno con lo que habia dicho al otro¹. Dieron muchas gracias al Señor por aquella tan señalada merced, y Ana concibió á la Vírgen Sacratísima á los ocho dias de Diciembre, en que la santa Iglesia celebra la fiesta de su Concepcion. Fué concebida sin pecado original, previniéndola Dios con tanta abundancia de gracia, cuanta era razon que tuviese la que era pre-

¹ DAMASC. I. 4. *Fidei*, cap. II.—
EUSEB. EMISEN. hom. *In vig. nat.*—
SAN ILD., serm. V, *De Assump.*—
PETR. DAM., serm. I, *De Nat. Mariæ.*

destinada para madre suya, y quebrantadora de la cabeza de la serpiente infernal.

A los nueve meses cumplidos nació en Nazareth esta Niña benditísima, en una casa que tenían sus padres en el campo, entre los balidos de las ovejas y alegres cantares de los pastores. Nació á los ocho de Setiembre, y nueve dias despues, que fué á los diez y siete del mismo mes, segun la costumbre de los hebreos, le fué puesto el nombre de María. Dióle el Señor (á lo que algunos Santos dicen, y piadosamente se puede creer) por ángel de guarda á San Gabriel, y á otros muchos ángeles en su compañía. Al cabo de ochenta dias fué Santa Ana á Jerusalem á cumplir la ley de la purificacion, llevando la niña al templo en sus brazos como un tesoro

precioso; y dada por ella la ofrenda acostumbrada de los primogénitos, se volvió con ella á su casa. Siendo ya de tres años, para cumplir el voto que habian hecho de ofrecerla al Señor, la llevaron sus padres á Jerusalem, y la ofrecieron en el templo á los veinte y uno de Noviembre, con las ceremonias que en semejantes ofrendas se usaban. Declararon al sacerdote el voto que habian hecho, encargándole que tuviese cuenta con su hija, como con cosa dedicada ya á Dios, y que la pusiese entre las otras doncellas que le servian, junto al templo, en una casa edificada para este efecto, donde las vírgenes eran sustentadas con las rentas del mismo templo, y apartadas del ruido y bullicio, podian ocuparse en santos y loables ejercicios y entrar fácilmente

en el mismo templo á hacer oracion. Admiró á todos por extremo la belleza y gracia de la bienaventurada niña, y más la prontitud y alegría con que se despedia de sus padres y se dedicaba al Señor; sacando por aquellos pequeños indicios las grandes y maravillosas obras que Dios habia de obrar en aquélla, que de tan tierna edad habia escogido para su servicio.

Fué recibida la santa niña entre las otras vírgenes con gran regocijo de las demas, y luégo comenzó á resplandecer en aquella casa material de Dios la que era verdadero y espiritual templo suyo. Allí aprendió muy perfectamente á hilar lana y lino y seda y holanda; coser y labrar los ornamentos sacerdotales, y todo lo que era menester para el culto del templo, y despues para servir y vestir

á su precioso Hijo, y para hacerle la túnica inconsútil, como dice Eutimio¹. Aprendió asimismo las letras hebreas, y leía á menudo con mucho cuidado, y meditaba con grande dulzura las divinas Escrituras, las cuales, con su alto y delicado ingenio, y con la luz soberana del cielo, que el Señor le infundia, entendia perfectamente. Nunca estaba ociosa: guardaba silencio: sus palabras eran pocas y graves y cuando eran menester; su humildad profundísima, la modestia virginal, y todas las virtudes tan en su punto y perfeccion, que atraia á sí los ojos, y robaba los corazones de todos; porque más parecia niña venida del cielo, que criada acá en la tierra.

¹ EUTHYM., cap. LXVII in 27 c. *Mar.*

Ayunaba mucho , y con el recogimiento , soledad , silencio y quietud , se disponia á la contemplacion y union con Dios , en la cual fué eminentísima ; y el Señor la visitaba y regalaba con sus resplandores y ardores divinos , como á esposa suya , y los ángeles á menudo se le mostraban y conversaban con ella ; y algunas veces le traian para comer manjares , no aparejados por mano de hombres , sino venidos del cielo. Vivió en esta manera de vida hasta los once años de su edad , en la cual murieron sus santos padres , muy viejos , casi de ochenta años , sin haber tenido otra hija ni hijo , sino ella.

Estando aquí en el templo , con encendido deseo y amor de la virginidad , que el Espíritu Santo le inspiraba , hizo voto de guardarla per-

pétuamente, y fué la primera que hizo esta manera de voto, y alzó la bandera de la virginidad, y con su ejemplo incitó á tantos y tan grandes escuadrones de purísimas doncellas, para que la abrazasen, y por no perderla, perdiesen sus vidas: y por esto se llama Vírgen de las vírgenes, como maestra y capitana de todas ellas. Porque aunque es verdad que en el viejo Testamento algunos permanecieron castos toda su vida, como Josué, Melquisedech, Elías, Eliseo, Jeremías y los tres mozos del horno de Babilonia; pero cosa cierta y averiguada es, que ninguno con obligacion de voto prometió á Dios virginidad, y que nuestra Señora fué la primera que, sin ejemplo á quien imitase, le hizo y se ofreció á Dios; porque esta gloria estaba reservada á

esta Señora , que sola habia de juntar la flor de vírgen con el fruto de madre.

Siendo ya de edad para casarse, pareció á los sacerdotes que la Vírgen tomase marido, como lo hacian las demas que tenian edad para ello. Mas como ella entendiese que trataban de casarla, respondió con humildad y modestia : que aquello no podia ser ; porque sus padres la habian ofrecido á Dios, y ella habia hecho voto de perpétua virginidad. Admiráronse todos de oír cosa tan nueva, y trataron, si sería bien casarla con algun sacerdote, en cuya compañía perseverase en el servicio del templo; mas esto no tenía lugar, porque, por ser única de sus padres, habia heredado, y segun la ley era forzoso casarse con hombre de su mismo linaje y

familia. Acudieron al divino oráculo; y respondió el Señor, que todos los que al presente estaban en Jerusalem, del linaje de David, se juntasen; y á quien le cupiese la suerte, ése se casase con ella: y la Vírgen tuvo revelacion del Señor, que obedeciese á los sacerdotes y que no temiese, porque Élla guardaria. Cupo la dichosa suerte á José, de la tribu de Judá, natural de Belem, de oficio carpintero, hombre de madura edad y santo, y que siempre habia guardado castidad, y cual convenia que fuese el esposo de tal esposa. Desposáronse, siendo la sacratísima Vírgen de trece años y tres meses, y fué entregada á su esposo, para guardarla y mirar por ella.

Con esto nuestra Señora volvió á Nazareth y habitó en la casa de sus padres, que ella, como hija única,

habia heredado. Y estando en Nazareth la Vírgen purísima, y llegada ya aquella hora bienaventurada, en que Dios habia determinado vestirse de nuestra carne en sus entrañas, vino á ella el Arcángel San Gabriel con aquella tan alta y tan soberana embajada; y hallándola sola, retirada y suspensa en contemplacion, con grande humildad y reverencia la saludó y le dijo: «Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo, y tú eres bendita entre todas las mujeres.» Turbóse la Vírgen, no por ver el Ángel (que no era cosa nueva para ella), sino por verle en figura de hombre, y por las alabanzas que le daba, de las cuales ella se tenía por indigna. Mas el Ángel la animó y declaró el misterio á que venía, y la aseguró que varon no tendria parte

en ella, ni su virginidad, de la cual ella estaba tan solícita, padecería detrimento; porque el Espíritu Santo vendría sobre ella, por cuya virtud concebiría al Hijo del Altísimo; y le trajo el ejemplo de su prima Isabel, que siendo vieja y estéril, había concebido; porque para Dios ninguna cosa es imposible, y cuando Él es servido, como pare la estéril, puede parir la vírgen. Con esta seguridad, obedeciendo á la voluntad del Señor, y humillándose profundísimamente hasta el abismo de su nada, dió el sí, y consintió en la embajada, diciendo aquellas dulcísimas palabras, que alegraron al cielo y santificaron la tierra. «Hé aquí la sierva del Señor: cúmplase en mí su voluntad, segun tus palabras.» En aquel momento concibió al Verbo eterno en sus en-

trañas, y fué verdadera Madre de Dios y de su Padre y Criador, y constituida Reina del cielo y de la tierra y de todo lo creado.

Acabado este inefable misterio, la Virgen y ya madre, movida del mismo Espíritu, que con tanta copia y plenitud de gracias habia sobrevenido en ella, se puso en camino para visitar á su prima Isabel, y ejercitar la caridad con ella; y con admirable ejemplo de humildad, ayudarla, servirle y darle el parabien de la merced que el Señor le habia hecho en su vejez con el nuevo hijo, y santificar al mismo hijo con sus palabras. Anduvo aquel largo camino con presteza; porque el fervor de su gran caridad la alentaba y daba fuerzas, y mucho más el tesoro que llevaba en su sagrado vientre, porque la preñez no le

estorbaba. Entró en casa de Zacarías, saludó á Isabel, visitó la mayor á la menor, y saludóla primero, ántes que Isabel la saludase, para darnos en todo ejemplo de aquella singular humildad, con que tanto agradó al Señor. Penetraron las palabras de la Vírgen por los oídos de la madre y llegaron al santo niño Juan, que estaba en sus entrañas; el cual, recibiendo el Espíritu de la santificación, y conociendo al Señor del mundo, que estaba encerrado en el sagrado tálamo de María, dió saltos de placer, significando con ellos lo que no podia declarar con palabras. De este movimiento y nuevo regocijo de su hijo entendió Isabel el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, y alumbrada con el espíritu de profecía y luz del cielo, dijo á la Vírgen San-

tísima: « Bienaventurada eres tú entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre; ¿de dónde merecí yo que la Madre de mi Señor venga á mí? », y las otras palabras que se siguen en alabanza de la Vírgen, la cual, reconociendo todas las gracias del Señor, y no atribuyendo ninguna á sí, cantó aquel cántico del *Magnificat*, que está más lleno de misterios que de palabras. Y habiendo estado casi tres meses en aquella casa, santificándola con su presencia, se volvió á la suya de Nazareth.

Aquí pasó aquella grande tribulacion con la sospecha que de ella tuvo el santo José, su esposo. Porque viendo él que la Sacratísima Vírgen estaba preñada, y sabiendo cierto que él no tenía parte en aquel preñado, se halló muy turbado y confuso, no sa-

biendo lo que en un caso tan dudoso habia de hacer para cumplir con la ley, y no infamar á una mujer de tan loables costumbres y que por ventura no tenía culpa. Y la Santa Esposa, aunque veia las olas y afectos varios del corazon de su dulce esposo, y tenía pena de su pena, por encubrir el sagrado misterio que Dios habia obrado en ella, con el velo de la humildad disimulaba, callaba, oraba y encomendaba su causa á Dios, para que Él pusiese remedio. Oyóla el Señor, y envió un Ángel del cielo á José, que le apareció en sueños, y le declaró el misterio, y mandó que tomase á la Vírgen, para servirla y acompañarla, y tener cuidado del fruto benditísimo que de ella naciese, á quien llamarian Jesus. Con esta revelacion se deshicieron aque-

llos nublados, cesó la tempestad y se serenó el corazon de José, y comenzó con mayor acatamiento y reverencia á seguir aquella Vírgen, que ántes tenía por santa, y ahora conocia por madre de Dios; á la cual, estando ya en los nueve meses y vecina al parto, se le ofreció otro trabajo de un largo camino, que, en tiempo de invierno y frio, hubo de hacer con su esposo, de Nazareth á Belem, para cumplir con el edicto del Emperador Octaviano, que habia mandado que todos los sujetos á su imperio se empadronasen cada uno en la ciudad donde habia nacido : y como José era natural de Belem, fuéle necesario ir allá para cumplir con este mandato. Pasaron los Santos Esposos en este camino mucha incomodidad y trabajo, á causa de ser el camino largo, el

tiempo recio, su pobreza mucha, la Virgen Santísima de poca edad y delicada, y ya en dias de parir: la cual llevaba con admirable sufrimiento y alegría todas aquellas molestias; porque tenía en sus entrañas la dulzura y regalo del mundo.

Llegaron á Belem, y no hallaron quien los albergase. Recogióronse á una cueva que estaba fuera y pegada á los muros del pueblo, donde se solian acoger las bestias y pobres caminantes; y en aquel vil y desabrigado establo parió la Virgen á Dios encarnado, y habiéndolo envuelto en los pañales que para este efecto llevaba, le reclinó en el pesebre, adorándole como á Dios, y reverenciándole como á Señor, y besándole como á hijo. A los ocho dias del nacimiento se hizo la circuncision en el mismo por-

tal donde estaban; y el ministro de ella, dice el bienaventurado San Bernardo, fué San José; y entónces se le puso el nombre de Jesus y Salvador, que el ángel habia publicado y traído del cielo. Vinieron despues los Reyes Magos, guiados de la nueva estrella, y adoraron al doncel y á la doncella, al Hijo y á la Madre, declarando, con sus dones de oro, incienso y mirra, lo que de aquel niño tierno y Dios eterno creian. Cumplidos ya los cuarenta dias del sagrado parto, vino la Reina de los ángeles á Jerusalem, para obedecer á la ley que Dios habia dado de las paridas, y para presentar su Hijo primogénito al Señor en el templo, y rescatarle con cinco siclos, como lo mandaba otra ley de los primogénitos. Aquí tuvo nuevas causas de alegría y de

tristeza , de consuelo y de dolor; porque por una parte vió que la gloria de su benditísimo Hijo comenzaba á manifestarse al mundo , y que aquel Santo viejo Simeon le habia tomado en sus brazos, adorándole y reconociéndole por luz de las gentes y ornamento y gloria del pueblo de Israel ; y aquella venerable y anciana profetisa Ana le habia magnificado y hablado altamente de sus grandezas y maravillas : lo cual todo era materia de gozo y de alegría. Mas por otra parte atravesó su corazon un cuchillo de dolor cuando oyó decir al Santo viejo Simeon aquellas palabras : « Hé aquí este niño , puesto como blanco, á quien el mundo ha de hacer contradiccion, y muchos han de caer y levantarse por él en Israel : y tu alma será traspasada de un cuchillo de do-

lor , para que se descubran los secretos de muchos corazones de los hombres.» Con las cuales palabras se echó acíbar en los placeres de este dia, y todo aquel gozo se aguló con temor y sobresalto. El cual comenzó á crecer ; porque , acabada aquella ceremonia y solemnidad de la purificacion de la Vírgen, fué necesario aprisa huir á Egipto para escapar el niño de las manos del impío Rey Heródes, el cual le procuraba matar. Mas el Ángel apareció en sueños á José, y le mandó que luégo se levantara, y tomase al Hijo y á la Madre, y se fuese á Egipto, y que allí estuviese hasta que fuese avisado. Y José lo hizo así, y por caminos apartados y desiertos, con gran trabajo é incomodidad y solícito cuidado, hicieron aquella larga jornada, y llegaron á

Egipto, y habitaron en un lugar que ahora llaman Matarea, entre Heliópolis y Babilonia, tres leguas de Babilonia ¹, y cuatro de Heliópolis.

Aquí pasaron la vida con gran necesidad y pobreza, por ser extranjeros y no conocidos, y no con menor pavor y sobresalto; porque, aunque estaban muy confiados que el Señor guardaría aquel niño, todavía el amor era causa del temor y no los dejaba reposar. Pero lo que más afligia á la Virgen era ver la ceguedad de aquellos pueblos en que vivian, los cuales, dejando á Dios verdadero, adoraban

¹ Es la Babilonia de Egipto, esto es, el antiguo Cairo, cerca del cual subsisten todavía las ruinas de la famosa Heliópolis, ó ciudad del Sol.—
(*Nota del editor.*)

por dioses á las obras de sus manos, y al cocodrilo, y á las serpientes y otras sabandijas, y en ellas á los demonios, que los traian engañados. Estuvieron en Egipto hasta la muerte de Heródes, y por mandado del mismo Ángel que ántes habia aparecido á José, volvieron á su tierra, é hicieron su asiento y morada en la ciudad de Nazareth, de donde venian cada año á Jerusalem á visitar el santo templo del Señor.

Siendo ya el niño de doce años, y habiendo venido, como acostumbraba, con sus padres al templo, se quedó en él sin que ellos lo entendiesen; y buscándole tres dias con grandes sollozos, suspiros y lágrimas, al cabo le hallaron en el templo entre los doctores y sabios, proponiéndoles dudas, y respondiéndoles á las que ellos

le proponian. Viéndole así la dulcísima Madre, dijo al niño benditísimo: «Hijo, ¿por qué lo habeis hecho así, sabiendo que vuestro padre y yo con grande dolor os buscábamos?» Y el Señor respondió: «¿Para qué me buscáades? ¿No sabeis que me tengo de ocupar en las cosas que tocan al servicio de mi Padre?» Las cuales palabras, aunque los circunstantes no las entendieron, la Virgen las notó y guardó en su pecho para rumiarlas, y considerar los misterios profundísimos que estaban envueltos en ellas. Todo el resto del tiempo hasta los treinta años de su vida estuvo el Señor con su bendita Madre, acompañándola, obediéndola y sirviéndola, como hijo obedientísimo á su verdadera y amantísima madre; y de esta sujecion y obediencia podemos

sacar la humildad del Hijo y la excelencia de la Madre ; porque no puede haber humildad más profunda que sujetarse y obedecer Dios á su criatura, ni mayor grandeza y soberanía, que mandar la criatura á Dios; y ésta tuvo la Vírgen Sacratísima hasta la edad de los treinta años de su Hijo. El cual, habiendo cumplido veinte y nueve años y trece días, se despidió de su Madre, y fue á Betabora á ser bautizado en el rio Jordan, de San Juan, y de allí entró en el desierto, y ayunó cuarenta dias, y fué tentado, y venció al enemigo, y salió como maestro del cielo á predicar, y juntó discípulos é hizo lo demas que referimos en su vida. Pero en este tiempo, aunque andaba de unas partes á otras predicando, la Vírgen Sacratísima le acompañaba, y

se halló con él y con sus discípulos en las bodas de Caná de Galilea; y faltando el vino, no faltó la piedad de esta Señora, para rogar á su bendito Hijo que proveyese aquella falta, para que no cayesen en vergüenza los novios, y con ocasion de aquel milagro se manifestase más su gloria; y así lo hizo Cristo nuestro Redentor, que ninguna cosa que le pide, niega á su Madre. Y éste fué el primer milagro que obró, convirtiendo el agua en vino, y mostrándose Señor absoluto de todas las criaturas.

Otra vez, asimismo, leemos que estando predicando Cristo nuestro Señor, vino su Madre, y los oyentes le dijeron: « Hé aquí que tu Madre y tus hermanos te buscan »; llamando hermanos, segun el uso de los hebreos, á los parientes cercanos de

Cristo, por parte de su Madre, y áun de José, á quien tenian por padre suyo. Y otras muchas veces es de creer que la Vírgen Santísima acompañaba á su benditísimo Hijo, é iba con él, y le seguia, para servirle en sus trabajos y gozar de su vista y doctrina, y magnificarle por las maravillas que obraba. Y duró el hacer esto, todo el tiempo que predicó Cristo; hasta que acercándose ya la hora en que el mismo Señor habia determinado de morir, y habiendo celebrado aquella última y misteriosa cena con sus doce Apóstoles, se despidió de su dulcísima Madre, que en la misma casa con otras santas mujeres aparte tambien habia celebrado la pascua; y se fué al huerto, donde habia de ser preso, quedando la Vírgen en la misma casa, suspensa y

temerosa, aguardando el suceso de la pasión.

Cuando supo que su Hijo estaba preso y que le llevaban de un juez á otro, luégo, sin detenimiento, salió de casa, y le siguió con otras santas mujeres hasta el monte Calvario, donde no se puede con palabras explicar, ni el dolor que penetró su corazón, viendo á su Hijo tan maltratado y afeado, y como un cordero manso despedazado de aquellos lobos infernales; ni la constancia y fortaleza que tuvo, conformándose en todo con la voluntad del Señor, y queriendo la muerte de su Hijo para gloria suya y satisfaccion de nuestras culpas. Porque el dolor fué á la medida de su amor, de donde él y las demas pasiones nacen; y el amor de la Virgen para con su Hijo fué el mayor que

jamás tuvo ni tendrá pura criatura; porque fué amor de madre para con su unigénito Hijo, é Hijo todo suyo, sin compañía de padre; é Hijo que juntamente era hombre y Dios; y en cuanto á la naturaleza humana, el más acabado y perfecto hombre, y más lleno de gracias y dones que puede ser. Pero este sentimiento y dolor, aunque fué tan excesivo, no turbó á la Vírgen ni la afligió de manera que no estuviese en pié, como una firme columna, allí cerca de la cruz, mirando con los ojos llorosos aquel espectáculo lastimoso, y ofreciendo al Padre eterno en sacrificio á su mismo Hijo en olor de suavidad, y suplicándole que le aceptase, y se aplacase, y por él perdonase los pecados del mundo; porque ella se conformaba con su voluntad santísima,

y queria lo que Él queria, y que su Hijo muriese con una muerte tan dolorosa y afrentosa; pues que su Divina Majestad así lo habia ordenado.

De esta manera acompañó la Madre al Hijo en sus dolores y afrentas, y entró á la parte de su pasion como verdadera madre. La cual piedad queriendo remunerar el Señor, le dijo aquellas lastimeras y amorosas palabras: «Mujer, ves ahí á tu Hijo»; y luégo dijo al discípulo: «Ves ahí á tu Madre»: dándole por hijo adoptivo á San Juan, que desde aquella hora la tomó por madre, para servirla y mirar por ella como si lo fuera: quedando con este trueco la castísima Virgen traspasada de un agudo cuchillo de dolor, por ver cuán diferente era el Hijo que perdía del que le habian dado, y el amor entrañable que para

consigo tenía aquel Hijo , que estando como estaba , tan atormentado en la cruz , no se olvidaba de ella. Cuando le vió espirar , ella juntamente diera su espíritu , si con fuerzas sobrenaturales el Señor no la esforzára ; y la lanzada , que despues de muerto se dió al Hijo , no ménos traspasó el corazon vivo de la Madre , que el corazon muerto del Hijo. Despues se bajó el sagrado y descoyuntado cuerpo de la cruz , y la Vírgen le tomó en sus brazos con tal sentimiento , que ni se puede con palabras explicar , ni con entendimiento humano comprender. Finalmente , habiendo sepultado al Señor , acompañada de San Juan y de algunas piadosas mujeres , se volvió á la casa de Juan Márcos , donde se habia hecho la cena , con increíble tristeza , para aguardar el

alegre día de la gloriosa resurrección de su gloriosísimo Hijo.

En este llanto pasó la Virgen aquellos tres días que el ánima de su benditísimo Hijo estuvo en el Limbo, y el cuerpo en el sepulcro; hasta que venida la mañana del día del domingo, resucitó, y victorioso y glorioso, acompañado de innumerables almas de los Santos Padres, que como despojos había sacado del Limbo, le apareció primero que á nadie, como á madre carísima y que más que nadie lo merecía: con cuya vista las lágrimas de tristeza se convirtieron en lágrimas de consuelo, y se serenó aquella Señora, que estaba como luna eclipsada por la ausencia del sol. No se puede decir ni entender el gozo que recibió la Virgen con ver á su Hijo vencedor, y triunfador de la

muerte, y los abrazos que le dió, y las veces que besó las señales resplandecientes de las llagas, que habian quedado en sus piés y manos y sagrado costado. Pues ¿quién podrá explicar las gracias y alabanzas que le dieron todas aquellas almas santas, por haber sido medianera de su remedio, libertadora de su cautiverio, y madre de aquel Señor que con tanta gloria los habia rescatado?

Cuarenta dias estuvo el Señor en el mundo despues de haber resucitado; en los cuales es de creer que muchas veces visitó á su bendita Madre, recreándola con su vista, y regalándola con sus dulcísimas palabras; y que los Apóstoles y los demas fieles le darian el parabien de la gloria de su Hijo, y que ella les quitaria toda la duda y sospecha, y los confirmaria

en la fe de la resurreccion. Al cabo de los cuarenta dias apareció últimamente el Señor á su Madre y á sus discipulos, y los llevó al monte Olivete; y despidiéndose de ellos, les echó su bendicion, y con inefable gozo, gloria y majestad, subió á los cielos, dejando á la Vírgen más alegre por su gloria, que triste por su ausencia.

Volvieron todos al cenáculo, donde perseveraron en oracion, esperando la venida del Espíritu Santo: al cual recibió la Vírgen con tanto mayores y más copiosos dones y gracias que todos los demas, quanto su disposicion era mayor, y la dignidad de madre y de maestra de toda la Iglesia lo pedia.

Despues de esto moró la Santísima Vírgen en Jerusalem, ocupándose parte en altísima contemplacion de

Dios y de los misterios, que vestido de su carne habia obrado, y particularmente en recibir muy á menudo el inefable Sacramento de su cuerpo con los otros fieles; porque si ellos lo hacian, ¿ con cuánta más razon lo haria la que tanto mejor que todos entendia la dignidad de aquel Señor, y tanto más aparejada estaba para recibirle, y con el uso de él tanto más soberanos dones y gracias continuamente recibia? Parte se ocupaba en visitar y reverenciar aquellos santos lugares que su Hijo habia consagrado con sus pisadas y obras maravillosas, y parte en formar aquella nueva y primitiva Iglesia del Señor, que se comenzaba á plantar y extender en el mundo; porque ella era la que enseñaba á los Apóstoles, y la que les manifestaba los misterios de la en-

carnacion, nacimiento, circuncision y niñez de Cristo: ella la que con sus oraciones y vida divina, y palabras celestiales, alentaba y daba vida á toda aquella santa compañía: ella la que con sola su vista serenaba los corazones afligidos, componia los afectos desordenados, reprimia y mitigaba los apetitos sensuales, esforzaba á los flacos, levantaba á los caidos, confirmaba á los fuertes, y convertia á los pecadores. Su caridad para con todos era ardentísima, la humildad profundísima, la paciencia en los trabajos y persecuciones invencible, y de manera que sólo el verla despedía cualquiera tristeza y vano temor. Finalmente, era un oráculo de toda la Iglesia, un sol que resplandecía en el mundo, un prodigio divino, una Vírgen tan vestida y adornada de

Dios, que en su mismo rostro y semblante representaba la inefable dignidad de Madre suya, con tan grande majestad y gracia, que todos tenían deseo de verla, y muchos se pusieron en camino para Jerusalem, por gozar de la presencia de esta Santísima Virgen: porque, como dice San Ignacio en una epístola que escribió á San Juan Evangelista: «¿Qué cristiano fiel y amigo de nuestra santa fe y religion habrá, que no desee ver y hablar á aquella que mereció tener en sus entrañas y parir á Dios verdadero?» Entre éstos fué tambien aquel gran Dionisio Areopagita, discípulo del Apóstol San Pablo, del cual se dice, que habiendo sido poco ántes convertido á Cristo en Aténas por la predicacion de San Pablo, vino á ver á esta Señora; y que en viéndola, le

dió una admiracion de grande suavidad, y vió en ella una dignidad más que de persona mortal, que le causó un estupor maravilloso, que la tuviera por Dios, y como á tal la adorára, si no supiera por la fe que no lo era: y añade Ubertino, que vió San Dionisio al rededor de la Vírgen un ejército de innumerables Ángeles. Tambien estuvo un poco de tiempo la Santísima Vírgen en la ciudad de Efeso, en la provincia de Asia, juntamente con San Juan Evangelista, como se saca del Concilio Efesino en una epístola escrita al clero de Constantinopla, derramando en todas partes sus resplandores, y dando salud espiritual y vida á todos aquellos con quienes trataba.

Habiendo, pues, pasado con este tenor de vida muchos años, y guar-

dádola Dios para consuelo y bien de toda su Iglesia; siendo ya de anciana edad, viendo extendida por el mundo la fe y el nombre de su Hijo, encendida de amor y derretida de deseo de verle, le suplicó afectuosamente que la librase de las miserias de esta vida, y la llevase á gozar de su bienaventurada presencia. Oyó los piadosos ruegos el Hijo de la Madre, á quien siempre oye, y envióle un Ángel, con la alegre nueva de su muerte, la cual ella recibió con gran júbilo de su espíritu, y lo descubrió á su querido hijo Juan Evangelista. Él lo dijo á los fieles que estaban en Jerusalem, y luégo se derramó por los otros cristianos que estaban en toda aquella comarca, y vinieron muchos á Jerusalem, y se juntaron en el monte santo de Sion, en la casa

donde Cristo cenó con sus discípulos, é instituyó aquella mesa real de su Sagrado Cuerpo para sustento de toda su Iglesia, y el Espíritu Santo habia venido en lenguas de fuego. Trajeron los fieles muchas velas, ungüentos y especies aromáticas, como tenían de costumbre, y muchos himnos compuestos para cantar en su glorioso tránsito; y para mayor gozo de la Virgen y consuelo de los Apóstoles, de várias partes y provincias del mundo, en que andaban predicando, todos los que vivian entónces fueron traídos milagrosamente á su presencia: halláronse tambien otros varones apóstólicos, Hieroteo, Timoteo y Dionisio Areopagita, y otros muchos que con grande instancia habian pedido al Señor que los hiciese dignos de ver aquel dichoso espectáculo. Cuando la

Virgen purísima vió aquella santa y bienaventurada compañía, se gozó con un gozo inefable, é hizo gracias á su bendito Hijo por aquel incomparable beneficio que le habia hecho, y con rostro grave y sereno les dijo; que los espíritus celestiales habian mucho deseado su partida de esta tierra, y que ella tambien lo habia suplicado á Dios, y Él se lo habia otorgado, y que así presto se cumpliria. Recostóse en una humilde cama; y mirando á todos, que ya tenian candelas encendidas en las manos, con un aspecto más divino que humano les mandó que se acercasen, para darles su bendicion, la cual les echó suplicando á su Hijo que la confirmase desde el cielo, y les diese aquellos bienes sempiternos que nunca desfallecen ni se acaban. Todos se desha-

cian en lágrimas por la ausencia de tal Madre, y ella los consolaba y decia: «Quedaos con Dios, hijos míos muy amados: no lloreis porque os dejo; sino alegraos, porque voy á mi Querido.» Luégo encomendó á San Juan que repartiese dos túnicas ó ropas que habia usado, á dos doncellas que allí estaban, y habian vivido mucho tiempo con ella. En este punto bajó del cielo, acompañado de innumerables Ángeles, su Hijo dulcísimo, y en viéndole, con grandes júbilos y saltos de su corazon, dijo la Madre Santísima: «Bendígo te, Señor, dador de toda bendicion, y luz de toda luz, por haberte dignado tomar carne de mis entrañas. Bien cierta estoy que se cumplirá en mí todo lo que tú dijiste.» En diciendo esto, se reclinó en la cama, y se compuso decentemente,

y levantando las manos en alto, llena de increíble gozo por ver á su Hijo, que la llamaba y convidaba á la eterna felicidad, le dijo: «Cúmplase en mí tu palabra»: y con esto, como quien se echa á dormir, sin dolor alguno ni pesadumbre, dió su alma á aquel Señor, á quien ella habia dado su carne, la noche ántes del dia quince de Agosto, cincuenta y siete años despues que parió á Cristo, y á los veinte y tres de su Pasion, siendo de edad de setenta y dos años ménos veinte y cuatro dias, segun la más probable y verdadera opinion: porque algunos no le dan sino cincuenta y nueve, y otros sesenta y dos, ó sesenta y tres; y otros ménos. Pero supuesta la verdad tan testificada de tantos y tan graves autores, que los sagrados Apóstoles se hallaron á la

muerte de la Vírgen Santísima, y que San Dionisio Areopagita, como él dice, estuvo presente á ella, necesariamente le habemos de dar más larga edad; pues él no se convirtió á Cristo hasta que San Pablo vino á Aténas que fué el año del Señor de cincuenta y dos, y á los sesenta y siete de la Vírgen.

Llevó el bendito Hijo el alma purísima de su bendita Madre al cielo, donde fué recibida de toda aquella Côte celestial y bienaventurados espíritus, con cantares de alabanzas y júbilo de fiestas y alegría, como convenia que fuese recibida la Reina de todos, y Madre de su Señor. Admiráronse de su belleza, gloria y majestad, y de verla tan rica y adornada de tantas virtudes y gracias soberanas, que con su resplandor oscurecia las

de los otros Santos, como el sol la claridad de las estrellas. Allí fué colocada sobre todos los coros de los Ángeles en coro aparte y por sí, á la diestra de su Hijo. En la tierra, al mismo tiempo que espiró la Vírgen, los mismos Ángeles que acompañaron su alma, dieron música suavísima, y no ménos los que quedaron alrededor de su sagrado cuerpo, para celebrar las exequias: y esta música fué oída de los que allí estaban presentes. Mas los Apóstoles y Discípulos del Señor, cuando vieron difunta á la Vírgen, se arrojaron en el suelo, besaron con gran ternura, devocion y afecto aquel Santo cuerpo, cantando himnos y alabando al Señor, que habia tomado carne de aquella carne, y por medio de ella obrado tan grandes maravillas. Ungieron el cuerpo, como era de

costumbre, con preciosos unguentos, y envolviéronle en una sábana limpia, esparciendo flores y suaves olores; pero ninguno llegaba á la fragancia que del Santo cuerpo salia. Vinieron muchos enfermos con várias y graves dolencias, y todos quedaron sanos por virtud de aquella Señora que nos dió la salud al mundo.

En amaneciendo el dia quince de Agosto, los Santos Apóstoles tomaron sobre sus hombros las andas en que iba el sagrado cuerpo, y lleváronle por medio de la ciudad á Jetsemaní, cantando ellos y todos los fieles y los mismos Ángeles, que acompañaban el entierro, loores á la Vírgen. Atrevióse un judío pérfido y obstinado, del linaje sacerdotal, á echar mano de las andas para derribarlas en el suelo: mas las manos cortadas

de sus brazos quedaron allí pegadas, en castigo de su loco atrevimiento. Conoció el ciego su culpa, alumbrado con la pena: lloróla; pidió perdon, y alcanzóle; porque mandando San Pedro juntar los brazos mancos con las manos que colgaban, quedó el hombre sano en cuerpo y en alma; pues que en dia tan solemne y de tanto regocijo para la Virgen, no convenia que ninguno dejase de recibir mercedes por su mano. En llegando á Jetsemaní, al tiempo que el Santo cuerpo se hubo de poner en el sepulcro, allí fué el renovarse el llanto, el besarle de nuevo y adorarle con gran reverencia, sin poder desviar los ojos de donde tenian el corazon. Al fin se puso el cuerpo en el sepulcro, pero no por eso se partieron los Apóstoles; ántes estuvieron allí tres dias, oyendo

la música de los Ángeles y alabando juntamente con ellos á Dios. Llegó al tercer dia Santo Tomás Apóstol, que no se habia hallado á la muerte de la Vírgen, y deseando ver y reverenciar el Santo cuerpo, pidió que se abriese el sepulcro, permitiendo el Señor que viniese tarde, para que con esta ocasion se manifestase lo que sucedió; porque abriendo el sepulcro, no se halló el sagrado cuerpo, sino solamente bien compuesta la sábana y los lienzos en que habia sido envuelto; los cuales ellos besaron, y cerrando el sepulcro, del cual salia un olor suavísimo y más del cielo que de la tierra, llenos de gozo y de incomparable alegría se volvieron á la ciudad, teniendo por cosa muy cierta y averiguada que aquel cuerpo sacratísimo, unido ya con su ánima, y glorio-

so, habia resucitado y subido al cielo.

La estatura de la Vírgen fué mediana, aunque algunos dicen que fué algo más que mediana. El color era trigueño, el cabello rubio y de color de oro, los ojos vivos y las niñetas de ellos un poco coloradas, las cejas arqueadas, negras y graciosas, la nariz un poco larga, los labios hermosos y de mucha suavidad en el hablar, el rostro más largo que redondo, las manos y dedos largos, su aspecto grave y modesto, sin ningun género de fausto ni melindres, ni afectacion, sino sencillo y humilde. Los vestidos que traia no eran teñidos, sino de su color nativo. Era muy mansa, muy compuesta y recatada; no iracunda, ni risueña, ni libre en el hablar. Pintó San Lúcas Evangelista, viviendo la Vírgen, algunas imágenes su-

yas: una de ellas está hoy dia en Roma, en la iglesia de Santa María la Mayor, en la cual se echan de ver las facciones de la Vírgen, y cuánto se parecia la Madre á su Hijo.

Esta es la vida de la Sacratísima Vírgen nuestra Señora, sacada de graves autores, referida breve y sencillamente, dejando los inefables misterios que en ella se encierran, para tratarlos más copiosamente en los dias de sus festividades, en que la Santa Iglesia los celebra.

En el cielo está sin duda en cuerpo y alma nuestra Madre, y allí está nuestra abogada y nuestra Reina, alegrando con su vista todas aquellas jerarquías de los Ángeles, y á todos los cortesanos y moradores del cielo, é intercediendo por nosotros, y como fiel depositaria y dispensadora uni-

versal de todos los tesoros y gracias de Dios, repartiendo de ellas á los fieles, y con más larga mano á los que con mayor cuidado la sirven, y con más particular devocion se le encomiendan; porque ella es el cuello, por el cual nuestra cabeza, que es su benditísimo Hijo, influye en el cuerpo de su Iglesia todo el sentimiento y movimiento espiritual con que ella vive y se conserva; es el caño y arca-
duz por donde pasa toda el agua que de aquella fuente de vida se deriva á nuestras almas; es la tesore-
ra general de todas las riquezas que Dios tiene en el cielo y en la tierra, y es la puerta por donde habemos de entrar, si queremos alcanzar perdon y misericordia en el acatamiento del Señor; es Madre de la gracia, por ser Madre de Jesucristo, que es autor y

dador de la misma gracia, por quien han sido agradables á Dios todos los que han sido desde el principio del mundo, y lo serán hasta el fin de los siglos. Por donde se ve las obligaciones precisas que nos corren de ser devotísimos de esta Vírgen Sacratísima, no solamente por habernos dado á su Hijo preciosísimo, concebido de su sangre en sus entrañas (que es todo nuestro bien, y el cumplimiento y remate de todos nuestros deseos y de nuestra bienaventuranza), sino tambien porque no podemos gozar de este tesoro y sumo bien, si no somos ayudados y favorecidos de la misma Reina, por cuya mano el Señor nos le comunicó con tan inestimable liberalidad.

Tenemos necesidad, como dice San Bernardo, de esta medianera para

con su Hijo, que es único medianero entre nosotros y el Padre Eterno. Por esto, todos los Santos de todas las edades y naciones que ha habido en la Iglesia católica, han sido siempre devotos y fidelísimos siervos de esta Señora, y se han empleado en alabarla, magnificarla y servirla con sus pensamientos, meditando sus grandezas; con sus lenguas, predicando sus maravillas; con su estilo, escribiendo sus excelencias; con su vida, imitando la vida divina de la que Dios puso por ejemplo del mundo: cuanto han sido más Santos, tanto han sido más devotos capellanes de la gloriosa Virgen. Y los santos y graves autores dicen: que es singular gracia y favor de Dios, y unas como prendas de la salvacion, el tenerle particular devocion y acudir á ella

con confianza, hacerle algun servicio, tomarla por abogada y patrona, é imitar sus virtudes, porque es madre de misericordia, y ninguno esperó en ella y quedó confuso; y á esta causa el melífluo San Bernardo, y devotísimo de nuestra Señora, dice: «Calle vuestra misericordia, ¡oh Vírgen beatísima! si hay alguno que no halló vuestro favor cuando os lo pidió en sus necesidades.» Y en otro lugar nos exhorta á todos á tener con ella especial devocion, y acudir á ella en todas nuestras necesidades por estas palabras: «¡Oh tú, que entre las ondas de este siglo andas fluctuando, si no quieres perecer en la tormenta, no desvies los ojos de este norte y de esta estrella! Si se levantaren los vientos de las tentaciones, si fueres á dar en la roca

de las tribulaciones, mira á la estrella, y llama á María. Si te arrebatara la ola de la soberbia, de la ambicion, de la detraccion ó envidia, mira á la estrella, y llama á María. Si la navecilla de tu alma zozobrare, y estuviere en peligro por la codicia ó algun apetito sensual, mira á María. Si te comienzas á ahogar por la gravedad de tus delitos y la fealdad de tu conciencia, y espantado del juicio divino te afliges y temes caer en el profundo abismo de la desesperacion, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las caidas congojosas, piensa en María, llama á María. No se aparte de tu boca, no se aparte de tu corazon; y para que alcances el favor de su oracion, no dejes los ejemplos de su conversacion; porque, siguiéndola, no vas fuera de camino;

rogándola, no desesperas; pensando en ella, no yerras; teniéndote ella, no caes; defendiéndote, no temes; siendo tu guía, no te cansas, y siéndote ella propicia, llegas al deseado puerto de la eterna felicidad.» Todo esto es de San Bernardo. Y es cierto, que esta Virgen castísima y Madre benignísima toma debajo de sus alas, y con especial amparo defiende, á los que con entrañable afecto se encomiendan á ella, y les hace particulares mercedes, favores y regalos.

A San Gregorio Taumaturgo, Obispo de Neocesárea, le apareció, y mandó á San Juan Evangelista que le enseñase lo que habia de creer y predicar acerca del misterio de la Santísima Trinidad. Para atajar los daños con que Juliano Apóstata amenazaba á la Iglesia del Señor, á su-

plicacion de San Basilio, la Vírgen mandó á San Mercurio, mártir, que matase al tirano; y así lo hizo. A San Martin le apareció, y le recreó, acompañada de un coro de vírgenes, que bajaron del cielo con ella. A San Cirilo Alejandrino, que por su servicio salió en campo contra Nestorio, hereje, y le venció, le socorrió á la hora de la muerte, y le alcanzó perdón de la culpa que habia tenido en creer mal de San Juan Crisóstomo. A San Juan Damasceno restituyó la mano derecha, que el Rey bárbaro, por falsa acusacion de los herejes, le habia mandado cortar: y en testimonio de este milagro, quedó por señal como un hilo en la juntura donde la mano se pegó con su brazo. San Gregorio Magno, con la imágen de la Vírgen, que pintó San Lúcas, y él

mandó llevar en procesion, amansó la indignacion del Señor, y cesó aquella cruelísima pestilencia que arruinaba y consumia la ciudad de Roma; y por un preciosísimo dón envió á San Leandro, Arzobispo de Sevilla, íntimo amigo suyo, la imágen de nuestra Señora, que hoy dia está en Guadalupe, y hace tantos y tan continuos milagros cada dia, y por ellos es reverenciada, no solamente en toda España, sino en todo el mundo. San Ildefonso, Arzobispo de Toledo, por haber defendido con singular valor, celo y doctrina la pureza y perpétua virginidad de esta Reina de los Ángeles contra ciertos herejes que la pretendian oscurecer, mereció verla y adorarla en su templo de Toledo, y recibir de su mano aquella vestidura celestial, con que quedó tan rico, fa-

vorecido y hecho en la tierra ciudadano del cielo.

Ruperto, Abad Tuiciense, que por ser tardo de ingenio, desconfiaba poder entender y penetrar bien los misterios que están encerrados en las Divinas Letras, impetró de la Virgen Sacratísima tan grande luz de ciencia y doctrina, que fué uno de los sapientísimos varones de su tiempo, y esclarecido en vida y en muerte con muchos milagros; y el mismo beneficio recibió el beato Alberto Magno, fraile de la orden de Santo Domingo, y maestro del gran doctor de la Iglesia Santo Tomás de Aquino, en el conocimiento de todas letras, y especialmente de las naturales y filosóficas, que él deseó y pidió á Nuestra Señora, por verse de poca habilidad y rudo ingenio.

Sería nunca acabar, si quisiésemos referir aquí todo lo que graves autores escriben de los favores que esta Señora nuestra ha hecho á los que con limpio y devoto corazon le han pedido remedio y le han hecho algun servicio. Pero no es ménos admirable su misericordia para con los pecadores, que su liberalidad y magnificencia para con sus devotos siervos. ¿Quién no sabe cómo libró esta Madre y abogada de los pecadores á aquel arcediano ó mayordomo de Adama, ciudad de Cilicia, llamado Teófilo? El cual por verse acusado falsamente, vencido de la impaciencia y dolor, ciego negó á Cristo y á su bendita Madre, y se entregó totalmente á Satanás, y le dió vasallaje, con una cédula escrita de su mano; la cual cédula despues recobró por la interce-

sion de la misma Señora, que habia ofendido, é impetró perdon de su gravísimo pecado. Pues, ¿qué diré de María la penitente, que llaman Egipciaca? La cual habiendo sido ántes un muladar abominable por su deshonestidad, despues que en Jerusalem se encomendó á la Vírgen de las vírgenes, y le prometió dar libelo de repudio á todas las blanduras de la carne, por su intercesion floreció como un paraíso de deleites, y fué espejo de penitentes. Y no es ménos de maravillar la gracia que hizo Nuestra Señora á una mujer de Alemania, la cual el año del Señor de 1094, no léjos de la ciudad de Laudum, habiendo muerto á un hombre, y siendo condenada á ser quemada viva por ello, al tiempo que la llevaron al suplicio, pidió con grande afecto favor

á la Virgen ; y ella se le dió tan cumplido, que echada dos veces en el fuego, no se quemó ni se chamuscó un solo hilo de su ropa. Y como estos hay otros innumerables milagros, que en todos los siglos pasados, y en todas las provincias y naciones del mundo, con todo género de estados, sexos y condiciones de personas, en paz y en guerra, en la prosperidad y en la adversidad, en vida y en muerte, con justos y con pecadores, ha obrado el unigénito y todopoderoso Hijo de María, para honra de su Madre Santísima. Y los que cada dia obra en toda la redondez de la tierra, y especialmente en algunos señalados lugares y santuarios que Él ha escogido, para que en ellos sea más invocada y reverenciada esta Señora (como son, la santa casa de Loreto

en Italia, las de Monserrate y Guadalupe en España, y las otras muchas que en ella y en toda la cristiandad son tenidas en grande veneracion), son tantos y tan notorios, que no tienen cuenta, y como cosa muy sabida es mejor dejarlos, pues por mucho que se diga, siempre quedará más que decir.



ORACIONES
Á LA VÍRGEN
NUESTRA SEÑORA ¹.

*Oracion de la purísima Concepcion
de Nuestra Señora.*

Dios te salve, suavísima Vírgen
María, á quien Dios escogió por
Madre ante todos los siglos, y como

¹ Cada una de ellas tiene concedi-
dos cien dias de indulgencia por los
Eminentísimos Señores Cardenales
Arzobispos de Toledo y de Santiago,
y cuarenta por los Excmos. Señores
Obispos de Salamanca y de Barce-
lona.

á tal preservó de toda mancha y fealdad de pecado original en tu limpísima Concepcion. ¡ Oh puerta del cielo y puerto de este siglo tempestuoso, medianera piadosa entre Dios y los hombres, adornada de todas las virtudes y gracias, hermosa más que la luna, escogida más que el sol, y sobre todas las estrellas resplandeciente! ¿ Quién podrá ¡ oh Madre y Vírgen purísima! entender la abundancia de gracias que hoy recibiste cuando en las entrañas de tu bienaventurada madre Santa Ana fuiste concebida, y tu santísima ánima se juntó con tu delicadísimo cuerpo? Eres Hija de Adam; mas exenta de la culpa de Adam, porque nunca el Señor te miró como á pecadora y enemiga suya, sino como á la que habia de ser Madre y templo suyo, esposa del Padre Eter-

no, y sagrario del Espíritu Santo, destruidora del pecado y quebrantadora de la cabeza de la serpiente infernal.

Porque si el cielo empíreo es de otra más noble sustancia y casi espiritual, porque en él se ejercita una acción tan noble como es ver á Dios, ¿cuál convenia que fueses tú, Señora, en la cual más perfectamente que en el cielo empíreo habia de morar Dios, y de la cual habia de tomar nuestra sustancia? Las abejas embarran primero el corcho que han de labrar y henchir de miel, y el Señor te preservó á tí de culpa, y te llenó y enriqueció de dones, porque nos habias de fabricar aquel panal de miel que es la dulzura del mundo. El armiño se deja ántes tomar y morir que entrar en la cueva donde se haya de ensu-

ciar; y tu Hijo, más limpio que el armiño, y más blanco que la nieve, y más puro que la luz, no quiso morar en casa que algun tiempo hubiese sido contaminada.

Bendito sea el Hijo que así honró y sublimó á tal Madre, porque no faltándole poder para hacerlo, no era justo que le faltase la voluntad; pues como la gloria del Hijo es gloria de la Madre, así la honra de la Madre es honra del Hijo, y es justo que el Hijo dé á la Madre toda la honra y excelencia que le puede dar, y que tu dulcísimo y benditísimo Hijo, que es todo tuyo, y más tuyo que ningun otro hijo lo fué de su madre, te honrase y guardase la ley que Él nos dió, y mirase por tu dignidad, no dejándote caer para levantarte, sino teniéndote y dándote la mano para que no

cayeses. Porque aquel es más excelente médico que preserva al enfermo que no el que le sana ; y más perfecto redentor el que no deja cautivar que el que rescata al cautivo ; y más debe el deudor al que paga su deuda ántes que por ella le echen en la cárcel, que al que le libra despues de preso por ella ; y más está obligado al Señor el sér inocente que no cayó por haber sido guardado de su poderosa mano, que el que despues de haber caído, por su gracia se levanta. Y pues tu Hijo precioso y bendito es Redentor, no igualmente de todos (porque algunos gozan y otros por su culpa no gozan de este beneficio), y hay diversos grados en nuestra redencion, ¿quién duda, Señora, sino que siendo tú la más conjunta con tu Hijo habias de gozar más perfectamente que todos

los otros hijos de Adam, y por una manera singular, de la gracia de nuestra redencion?

Tú sola escogida y bendita entre todas las mujeres por singular privilegio y gracia de tu Hijo (que es fuente de la misma gracia, y por su naturaleza no pudo pecar), fuiste exenta de todo pecado actual y original, y prevenida con la bendicion y dulzura de aquel benditísimo fruto de tu vientre que te llenó de gracia y siempre estuvo contigo. Porque no era decente que guardando tu cuerpo de corrupcion, y no permitiendo que fuese manjar de gusanos, tu ánima santísima hubiese sido pasto de aquel gusano roedor é infernal que tú habias de pisar y quebrantar. Alábenle, Señora, los ángeles, y los cielos, y la tierra y todas las criaturas por esta

merced que te hizo é hizo al mundo por tí. Porque tú eres aquella tierra vírgen y pura de la cual el verdadero Padre de nuestra vida y nuestro segundo Adam fué formado; tierra bendita y sin sospecha alguna de maldicion, tierra limpia y amasada singularmente con las manos de Dios. Tú eres aquel paraíso de deleites plantado por el Señor hácia el verdadero Oriente, que es Cristo, el cual nunca te se oscureció ni te se escondió. Tú aquella tierra sacerdotal que en tanta carestía de gracia, siendo toda Egipto tributaria, sola fué libre de pecho y libertada de pecado. Tú eres aquella mujer hebrea, madre de Moisés, que aunque estuvo en Egipto, nunca fué cautiva debajo de Faraon, sino exenta y libre para criar á su hijo y pasar el mar Bermejo con él.

Tú aquella zarza espinosa que en el desierto con nuevo milagro ardiendo no se quema, porque abrasando las llamas del pecado original á los demás, á tí sola guardó el Señor. Tú aquella Arca del Testamento fabricada de madera incorruptible, en la cual se habia de conservar, no el maná incorruptible, sino el pan vivo y celestial. Tú aquella nube ligera del dia sobre la cual el Señor habia de bajar á Egipto, porque aunque naciste de la tierra, fuiste levantada al cielo sin peso ni graveza de pecado: nube verdaderamente del dia, porque nunca fuiste oscurecida, sino siempre vestida de luz y claridad. Tú aquella tierra de promision que mana y nos produce leche y miel, leche de la humanidad, y miel de la divinidad de tu precioso Hijo.

Tú, trono glorioso del pacífico Salomon, y vara lisa y derecha de la raíz de Jesé, que nunca tuvo nudo ni torcimiento alguno de pecado, y nos engendró la flor del mundo suavísima y hermosísima, Jesucristo nuestro Redentor; Tú, Belen, ciudad de pan vivo; Sion santa, alcázar del Rey David; ciudad de Dios, de la cual se predicán tantas maravillas y alabanzas; lienzo limpísimo y delicadísimo sin arruga ni mancha, y sepulcro nuevo en que se envolvió y depositó el sagrado cuerpo de tu Hijo. Lirio entre las espinas, verjel cercado, puerta de Oriente cerrada, por la cual sólo Dios pudo entrar, fuente sellada, de la cual la antigua serpiente en ningún tiempo pudo beber. Tú, Señora, eres más blanca que la azucena, más hermosa que la rosa, más

suave que el bálsamo y más dulce que la miel. Tú, fuente del paraíso, pozo de aguas vivas, vaso purísimo, vacío de toda amargura y lleno de toda consolacion. Tú, gloria del linaje humano, ornamento del cielo, y singular hermosura de todo lo criado. No me deseches, Señora, no me desprecies, no me vuelvas los ojos, mírame, recógeme, ampárame, para que el Señor me haga de sucio limpio, de pecador justo, de tibio ferviente y devoto por tu purísima Concepcion. Amen.

*Oracion de la Natividad de
nuestra Señora.*

QUÉ grande gozo é incomparable alegría debe tener todo el mundo el dia de vuestro sagrado nacimiento,

¡oh niña benditísima! pues con la luz que vos, como alba divina, le traíades, se bañó de nueva claridad y comenzó á respirar! A toda la Santísima Trinidad alegrásteis con vuestro nacimiento; al Padre por haber nacido su dulce esposa, al Hijo porque habíades de ser su Madre, y al Espíritu Santo porque érais su templo, y por su virtud habíais de concebir en vuestro vientre virginal al Verbo Eterno. Los santos patriarcas vieron en este dia cumplidos sus deseos; los profetas acabadas aquellas sombras y figuras debajo de las cuales tantas veces os dibujaron y pintaron, los ángeles su Reina y Señora, y los hombres la honra, ornamento y gloria de todo el linaje humano; y finalmente, todos los judíos y gentiles, justos y pecadores tienen hoy causa

de particular regocijo, por haber salido á luz la que habia de darnos al que es luz y vida del mundo.

Vos, niña gloriosa, nacísteis hoy la más linda, la más bella y hermosa y más adornada de gracias que ninguna pura criatura. Porque así como vuestro precioso Hijo os fué muy parecido en el sér natural como hijo á su madre, así vos fuísteis muy semejante á vuestro Hijo en el sér de gracia, en la cual Él era vuestro Padre; y así convino que en el alma y en el cuerpo no hubiese cosa criada que con vos se pueda comparar. Vos sois la segunda Eva y madre de los vivientes que vivirán para siempre, vos más dichosa que Sara, más prudente que Rebeca, más hermosa que Raquel, más fecunda que Lia, más excelente que María hermana de

Moisés y Aaron, más sábia que Débora, más fuerte que Judith, más graciosa que Estér, más humilde que Abigail, más casta que Susana. Porque sois aquella mujer vestida de sol y coronada de estrellas, que tiene la luna debajo de sus piés, y aquel santuario que Dios hizo para habitar en él, y aquel arca fabricada de madera de Sethim, y forrada por dentro de oro purísimo, que son todas las virtudes con que Dios os adornó.

Dios os salve, María suavísima, hija sois de Eva, mas para reparar las miserias de Eva; hija sois de hombre, mas madre de Dios; vírgen sois, mas no sin fruto; fecunda sois, mas sin detrimento de vuestra pureza virginal. Dios os salve, Vírgen sacratísima, tálamo del Esposo celestial, templo de la sapiencia increada,

sagrario del Espíritu Santo, huerto de delicias, paraíso de deleites, vena de aguas vivas, y depositaria de todas las gracias y dones de Dios, y singular entre todas las criaturas; pues no hay cosa que os iguale, y todo lo que tiene sér está sobre vos ó debajo de vos, porque Dios solamente es sobre vos, y todo lo que no es Dios está debajo de vos. Desde este punto y desde esta hora en que salísteis al mundo para bien del mundo yo os reconozco y tomo por Señora mia, y os doy el parabien y vasallaje como á Reina soberana del cielo y de la tierra, y Madre de mi Señor Jesucristo. Vos, Vírgen purísima y niña sacratísima, tomadme por esclavo perpétuo y de vuestro Hijo benditísimo, para que yo con verdadero y santo gozo me goce hoy de vuestro glorioso nacimiento. Amen.

Oracion de la Presentacion de nuestra Señora al templo.

Dios te salve, María suavísima, á quien tus santísimos padres trajeron al templo, y en tu tierna edad presentaron al Señor y ofrecieron á su servicio, para que en dejando los pechos de tu madre le hicieses sacrificio de tí misma, y como fruta temprana, fresca y cogida del árbol con su flor fueses más gustosa y agradable á aquel Señor que es fruto de tu sagrado vientre. En el templo material entraste, y le santificaste é ilustraste para que fuese más glorioso que el que edificó el Rey Salomon, porque tú eres el templo vivo de Dios, y como un *Sancta Sanctorum* adonde no es lícito entrar sino al sumo Sacer-

dote segun la órden de Melquisedec, y como la verdadera arca del Testamento en que está la urna del maná con que sustenta el cielo y la tierra. Aquí viviste y pasaste tu niñez, y fuiste modelo perfectísimo de santidad, y derramaste el olor suavísimo de todas las virtudes; y como alférez y Virgen de las vírgenes, te consagraste toda á Dios, y fuiste la primera que hizo voto de perpétua virginidad con alegre y determinada voluntad, abriendo camino con tu ejemplo á todas las vírgenes que despues te han seguido y seguirán; y le guardaste tan perfectamente, que más parecias ángel sin cuerpo que doncella en carne mortal.

Y pues fuiste tan acabado dechado de pureza, que sola tu vista penetraba los corazones de los que te mira-

ban con una lumbre celestial, y criaba en ellos amor de honestidad, mírame, Señora, con esos ojos amorosos y eficaces, para que de tal manera mi ánima y mi cuerpo florezcan con la castidad, que ninguna fealdad me ensucie, ningun vicio me posea, y á ningun deleite consienta. ¡ Oh Reina mia, esperanza mia y alegría mia de mi corazon ! que viviendo en el templo, con la soledad, silencio y quietud te disponias á la contemplacion y union con Dios, y eras tan regalada de Él y tan visible de los ángeles, que más morabas en el cielo que en la tierra, y más vivia tu espíritu con el espíritu del Señor que tu cuerpo con tu espíritu ; alcánzame por tus merecimientos amor del silencio y del reposo espiritual, para que éstos sean mis deleites todo el tiempo que fuere

detenido en la cárcel de este cuerpo, por Jesucristo tu benditísimo Hijo, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amen.

*Oracion de la Anunciacion de
nuestra Señora.*

Dios te salve, María suavísima, llena eres de gracia, y el Señor es contigo. Dios te salve, puerta del cielo, entrada del paraíso, estrella del mar, alegría del mundo, refugio de los pecadores, puerto de los que navegan, ayuda de los que peligran, camino de los descaminados, salud de los desahuciados, medianera del mundo, muerte del pecado, espanto del demonio y terror de los espíritus

malignos. Por aquella singular gracia que hallaste en los ojos de Dios, y por aquella inestimable prerogativa con que te escogió por Madre, y te adornó y sublimó sobre toda pura criatura, te suplico humildemente, ¡oh esperanza y bienaventuranza mia!, que no te ofendan mis innumerables y abominables pecados, sino que me alcances perdon de ellos, y me recibas por esclavo, pues juntamente eres Madre de Dios y Madre de pecadores. Por aquella turbacion y casto silencio que como verdadera humilde tuviste cuando oiste alabar-te al ángel San Gabriel, te pido, Señora mia, que me impetres verdadero conocimiento de mí mismo, para que despida de mí cualquier vana alabanza, y dé la gloria á cuya es, y á mí la confusion.

¡ Oh Virgen purísima ! que estimaste serlo en tanto grado, que ofreciéndote el ángel ser Madre de Dios, ántes de dar tu consentimiento quisiste saber cómo podia aquello ser sin detrimento de tu virginidad ; yo te suplico por esta tu pureza admirable que me alcances de tu benditísimo Hijo perfecta victoria de todos los deleites sensuales, y que con su virtud me haga sombra, de manera que se apague en mí el ardor de toda concupiscencia carnal. Por aquella profundísima humildad con que siendo escogida por Madre de Dios tú te ofreciste por esclava, y dijiste: *hé aquí la sierva del Señor, hágase en mí segun tu palabra*, te suplico, ¡ oh Reina del cielo humildísima ! que por tu intercesion halle yo gracia en los ojos de tu Unigénito Hijo, y sea

verdaderamente humilde. Aparta de mí la altivez, la soberbia, la presunción, la arrogancia, el complacimiento y estima de mí mismo, y la desestima y menosprecio de mis hermanos, y conozca mi nada, y que ninguno hay que sea mayor pecador que yo, para que con este conocimiento agrade al que siendo Dios se hizo en tus entrañas hombre por mí.

Por aquellos amorosos afectos, resplandores, encendimientos, gozos y júbilos espirituales que ocuparon tu ánima santísima, cuando el Espíritu Santo sobrevino en tí, y el Verbo divino se vistió de tu carne y te dió la nueva dignidad y gloria de verdadera Madre, y te enriqueció de todos los dones y privilegios para que dignamente lo fueses, te pido, ruego y suplico, ¡oh Madre de Dios y Virgen

purísima! que me tomes debajo de tus alas, y me hagas muy devoto y perpétuo siervo tuyo, para que mediante tu patrocinio yo no sea más mio, sino de tu Hijo benditísimo, y todos los pensamientos, palabras y obras de mi vida se empleen en agradecer y servir á aquel Señor que en tí y por tí se vistió de nuestra carne, y apareció hombre por hacer al hombre Dios. Amen.

*Oracion de la Visitacion de la
Virgen á Santa Isabel.*

DECIDME, Virgen purísima; decidme, Reina del cielo, ¿por qué teniendo al Verbo eterno en vuestras entrañas, y siendo ya Madre de Dios, os pusísteis en tan largo y

trabajoso camino para visitar á vuestra prima Santa Isabel? El mismo Espíritu Santo, por cuya virtud habíades concebido, os incitó á visitarla para comunicarle los dones del cielo que vos habíades recibido, y gozaros con ella de su gozo, y servirla en su preñez, y darnos á todos ejemplo de vuestra caridad y humildad, y para que con vuestras palabras quedase el divino Bautista santificado en el vientre de su madre, y ella y Zacarías profetizasen y participasen del espíritu y gracia de su mismo hijo.

Bendita seais vos para siempre, pues siendo Madre de Dios y Señora de todo lo criado, fuísteis á visitar á vuestra criada; y benditas sean vuestras palabras, que por los oídos de Santa Isabel penetraron el alma de su hijo, y por ellas le fué acelerado el

uso de la razon, y conoció quién era aquel Señor que vos teníades en vuestro sagrado vientre para que con los saltos de placer le adorase. Imite yo, Virgen suavísima, este ejemplo de tan extraña humildad, póngame debajo de los piés de todos, y quiera ántes servir que ser servido. Esté muy atento á todas vuestras palabras, pues son palabras de vida, y por ellas el Señor alumbra, enciende, santifica y regala las ánimas que os son devotas.

Bendita sois, Señora, entre todas las mujeres, y bendito el fruto de vuestro vientre. Bendita sois, porque vuestro Hijo es bendito, y fruto de bendicion en quien todas las gentes son benditas, y vos sois el árbol que nos dió este fruto. Bendita sois, porque todas las demas mujeres, ó care-

cen de fruto si son estériles, ó de la flor de la virginidad si son madres; pero vos juntasteis en uno la fecundidad de madre con la gloria de vírgen. Bendita sois, porque aunque no parísteis sino solo un hijo, y algunas madres paren muchos, ese uno que nació de vuestras entrañas es Dios, y vale más que todo lo criado y cuanto se puede criar. Bendita sois, porque aunque por la generacion sois Madre de solo Cristo, por la regeneracion lo sois de todos los fieles, y por la imitacion especialmente sois Madre de las vírgenes. Bendito y alabado sea para siempre, ¡ oh Vírgen benditísima! el fruto de este vuestro sagrado vientre, del cual como de un sol de justicia descendieron tan esclarecidos rayos, y como de una clarísima y copiosísima fuente manaron las aguas de

tantas gracias y prerogativas en vos.

Echadme vos vuestra bendicion, Señora mia, para que vuestro Hijo me bendiga y me libre de la maldicion en que por ser hijo de Adam caí, y de la que por mis graves culpas despues he merecido. Y pues con vuestra presencia de tres meses ennoblecisteis la casa de Zacarías y de Isabel, y la dejasteis llena de favores del cielo; visitad, yo os suplico, ¡oh esperanza mia! mi alma pecadora, limpiadla y componedla para que sea digna morada vuestra y de vuestro Hijo, y por vuestros merecimientos alcance su santísima bendicion. Amén.

*Oracion de la revelacion
de la limpieza de nuestra Señora
hecha á San José.*

DH Reina de los ángeles y humildísima Señora! ¿qué sentisteis en vuestro corazon cuando el Santo José, vuestro esposo, vió que estábades preñada, y se congojó y afligió, y por no acusaros quiso dejaros y desampararos? ¿Qué sentimiento tuvo vuestro sagrado pecho? ¿Qué olas embistieron vuestro corazon? ¿Qué ansias y cuidados ocuparon esa vuestra benditísima ánima, viendo por una parte á vuestro esposo que era tan santo y de vos tan amado, y que os habia sido dado de la mano de Dios, con tan extremada turbacion, y con tanta ocasion para tenerla? ¿Y por otra,

sabiendo vos que no le teníades culpa en lo que sospechaba, y queriendo encubrir el misterio sacratísimo con que el Verbo eterno por virtud del Espíritu Santo en vuestras entrañas se habia vestido de nuestra carne? ¿Cómo no le manifestasteis este secreto, pues vuestra santísima vida y el testimonio de Elisabet bastaban para que él entendiese que era verdad? ¿Con cuánto silencio y paciencia sufristeis este trabajo? ¿Cómo conservasteis la paz y tranquilidad de vuestra ánima? ¿Qué fe y esperanza tuvisteis en el Señor que remediaría lo que con prudencia humana no se podía remediar, y que de donde habia procedido el misterio saldría tambien el desengaño de vuestro esposo? ¿Cómo os resignasteis en su voluntad é hicisteis sacrificio de vos misma,

aparejándoos á cualesquiera angustias que el Señor os quisiese enviar? ¿Cómo os abrazasteis con la humildad, queriendo ántes ser tenida por mala que descubrir vuestros tesoros y grandezas?

Yo os suplico, benditísima Señora, que me alcanceis gracia de vuestro sacratísimo Hijo para que yo os imite, y por este ejemplo aprenda lo que tengo de hacer en semejantes sospechas y congojas, y que cuando de mí se sospecháre que tengo culpa sin tenerla, me humille y no pierda la paz de mi ánima, ni la confianza y seguridad en mi Señor y mi bien, y que me ponga en sus manos, y de ellas esté colgado; Él sea mi guarida, mi refugio y mi amparo, y sólo tenga pena de la pena ó culpa ó engaño de mi prójimo. No desmaye, Señora, mi

corazon por grave que sea la tentacion que me viniere, mas esté tan fuertemente abrazado con mi Dios y tan confiado de su providencia, que no se anegue entre las ondas de los juicios y flaquezas humanas.

¡ Oh bienaventuranza mia ! ¡ Oh Dios de inmensa dulzura y majestad ! ¡ Cómo sabeis probar á los vuestros ! ¡ Cómo los afligís y apurais con la tribulacion ! ¡ Cómo, despues de probados, los consolais ! ¡ Cómo levantais á los caidos, esfuerzais á los flacos, alentais á los desmayados, resucitais á los que parecian muertos, y volveis por la verdad é inocencia de los que con humildad y confianza esperan vuestra visitacion ! ¡ Cómo á su tiempo, Señor mio, enviasteis vuestro ángel para que desengañase y despenase al Santo José , justamente atravesado de dolor,

y le revelase el misterio oculto é inefable de nuestra redencion , y la inocencia y dignidad de su esposa y Madre vuestra y Reina nuestra , y con esto cesasen las sospechas y congojas de su corazon ! ¡ Qué júbilo y regocijo causó en aquel Santo Patriarca esta revelacion ! ¡ Qué admiracion de vuestra bondad ! ¡ Qué alabanza y hacimiento de gracias por tan alto beneficio ! ¡ Qué estima y reverencia de las virtudes y excelencias de su esposa ! ¡ Cómo se le humillaria ! ¡ Cómo se postraria á sus piés ! ¡ Cómo le declararia los tormentos y olas que habian pasado por él ! ¡ Cómo le pediria perdon ! ¡ Cómo ambos se derretirian en vuestro amor , y quedarian suspensos y absortos en la contemplacion de vuestros profundos secretos , y con el agradecimiento y reco-

nocimiento de este beneficio se dispondrian á recibir cada hora otros nuevos de vuestra liberalísima mano!

Bendito seais vos, Señor, que así lo hicisteis, y bendita sea vuestra gloriosísima Madre, por quien lo hicisteis, y bendito sea el Santo Patriarca José, á quien hicisteis esta tan singular y soberana revelacion. Por la intercesion de vuestra Madre y de este santo á quien hicisteis tanta honra que fué tenido por vuestro padre, os suplico que me sepa yo aprovechar de lo que ellos hicieron y vos hicisteis, y tener paciencia y confiar en vos. Amen.

*Oracion de la Expectacion del parto
de Nuestra Señora.*

DULCÍSIMA y amabilísima Madre de Dios y Virgen Sacratísima! ya se llega la hora de vuestro bienaventurado parto, parto sin dolor, parto gozoso. Vuestra es esta hora, y nuestra es: vuestra es porque en ella habeis de descubrir al mundo los tesoros divinos que teneis encerrados en vuestras entrañas, y el sol que le ha de alumbrar, y el pan del cielo que le ha de sustentar, y la fuente de aguas vivas por la cual viven todas las cosas que viven. Y vos, Señora, con este sagrado parto habeis de quedar más gloriosa, pues por ser madre no se marchitará la flor de vuestra virginidad, ántes cobrará nuevo fres-

cor y nueva belleza, porque sois la puerta de Ezequiel cerrada, huerto cercado y fuente sellada, y todas las gentes os quedarán obligadas, y os reconocerán y adorarán por Madre de su Señor, y reparadora del linaje humano, y Emperatriz y Princesa de todo lo criado.

Pero tambien esta hora es nuestra, no solamente por ser para nuestro bien y principio de nuestro bien, sino porque desde que pecó Adam y Dios le dió esperanza con su promesa que le remediaria, todos los Patriarcas la han deseado, todos los Profetas la han prometido, todos los Santos del Viejo Testamento han suspirado por ella, todas las gentes la han aguardado y todas las criaturas están suspensas y colgadas de vuestro felicísimo parto, en el cual está librada la suma

de la salud y felicidad eterna. Pues ¡oh esperanza nuestra! ¡Oh refugio y consuelo de nuestro destierro!; oid nuestros clamores, oid los gemidos de todos los siglos y naciones, y los continuos ruegos y lágrimas del linaje humano, que está sepultado en la sombra de la muerte aguardando esta luz, y que vos le mostreis su Salvador, su Redentor, su vida, su gloria y toda su bienaventuranza. Daos priesa, Virgen Santísima, daos priesa, acelerad vuestro dichoso y bienaventurado parto, y manifestadnos á vuestro unigénito Hijo, vestido de vuestra carne, para dar espíritu á los hombres carnales y hacerlos hijos de Dios, al cual sea gloria y alabanza en los siglos de los siglos. Amen.

*De la alegría de la Virgen despues
que parió á su precioso Hijo.*

OH! quien pudiese penetrar, ¡ oh
Virgen purísima! los gozos y jú-
bilos de vuestro santísimo corazon,
cuando destilando los cielos miel y
dulzura, vos en el portal de Belem,
sin dolor, sin pesadumbre, sin co-
rrupcion ni mengua de vuestra pureza
virginal, paristeis á vuestro unigénito
Hijo, y visteis delante de vos salido
de vuestras entrañas, más limpio y
más resplandeciente que el mismo
sol, al bien y remedio del mundo ti-
ritando de frio, y que ya con sus lá-
grimas comenzaba á hacer oficio de
Redentor! ¡ Cuando adorándole y be-
sándole los piés como á Dios, y la
mano como á vuestro Señor, y el

rostro como á vuestro Hijo, y abrazándole y aplicándole á vuestros virginales pechos, le envolvisteis en viles pañales, y el Santo Infante os miró con dulces y alegres ojos, y se os sonrió como niño á su amorosa madre! ¡ Cuando visteis descender los Ángeles del cielo á adorarle y servirle, y á darle música y manifestarle á los pastores, y los mismos pastores venir á reverenciarle y á dar vasallaje á su Salvador y Señor!

¡ Oh Vírgen Santísima! ¡ Con qué ojos mirabais al que así os miró! ¡ Qué gracias le dabais! ¡ Qué cantares le cantabais! ¡ Con qué amor le respondiais! ¡ Qué palabras le deciais! ¡ Qué luces, qué resplandores, qué ardores, qué latidos, qué sentimientos y afectos, qué ternuras y dulzuras ocupaban vuestra benditísi-

ma alma y la tenían absorta, enajenada y trasportada en aquel Señor nuestro y Hijo vuestro, que por su vil esclavo tanto se habia abatido y humillado, y á vos os habia levantado sobre todos los coros y jerarquías de los Ángeles y sobre todo lo criado! Pues, ¡oh Reina del cielo y de la tierra! ¡Oh Señora mia y esperanza mia! yo os doy la enhorabuena de vuestro glorioso parto, y de esta vuestra dignidad, y me gozo entrañablemente de vuestro gozo; y humildemente os suplico que pues paristeis á vuestro precioso Hijo para mí, no pierda yo por mi culpa lo que Él me ganó por su gracia. Y pues hoy es dia de ofreceros servicio, y de que vos nos hagais mercedes, yo os ofrezco mi corazon y me doy por vuestro siervo y esclavo con perpétuo vasallaje por

todos los dias de mi vida, y os ruego, Madre benignísima, que me alcanceis de este Niño tierno y dulcísimo que teneis en vuestros brazos gracia para que nazca en mí, y viva y more en mí de manera que yo sea partícipero de todos los bienes que Él nos acarrió del cielo con su santo nacimiento. Amen.

*Oracion de la Purificacion de
Nuestra Señora.*

¿**Q**UÉ fiesta es esta, ¡ oh Virgen purísima! en que la santa Iglesia celebra con tanta solemnidad vuestra purificacion, cuando despues de vuestro sagrado parto, á los cuarenta dias entrasteis en el templo de Jerusalem

á ofrecer como las otras mujeres paridas lo que mandaba la ley? La purificacion de las paridas era para limpiarlas de las inmundicias del parto; pero vos, que quedasteis de vuestro sagrado parto más limpia que el sol y más hermosa que la luna, ¿qué necesidad teniais de ser purificada? ¿Puede por ventura purificar la pureza, ó esclarecer la luz, ó hermosearse la belleza? ¿No erais vos exenta de la ley como Madre de Dios y Reina de todo lo criado, y como aquella que concibió y parió vírgen al Verbo eterno, con la cual no hablaba la misma ley que vos quisisteis guardar? Así es, Señora mia, así es: no teniais vos necesidad de obedecer á la ley: mas tenía la yo que vos obedecieseis para enseñarme á obedecer, y para que conformándoos vos con vuestro ben-

ditísimo Hijo (que siendo el legislador de todas las leyes tambien quiso ser presentado y rescatado en el templo), tuviésemos por dechado el ejemplo de su obediencia y de la vuestra, y entendiésemos que las llagas que nos hizo la desobediencia, con la obediencia de la ley de Dios se han de sanar, y que debemos procurar que nuestras obras no solamente sean limpias en los ojos del Señor, sino tambien loables en los de los hombres.

Pues, ¡oh Vírgen obedientísima! alcanzadme hoy gracia de vuestro Hijo benditísimo para que yo tenga su ley escrita en mi corazon, y no piense de dia ni sueñe de noche sino como la debo cumplir. Vos llevasteis en vuestros brazos al templo á vuestro precioso Hijo, y le ofrecisteis al

Padre Eterno, y con cinco monedas le rescatasteis al que con cinco llagas habia de redimir á todos los hijos de Adam.

No pierda yo, Señora mia, por mi culpa el fruto de esta redencion, ni la eficacia de la sangre que por mí se vertió en la cruz. Tome con el Santo viejo Simeon en mis brazos á este Niño amabilísimo que vos hoy por mí ofreceis al Eterno Padre, y conozca que es el tesoro del mundo, el heredero de los siglos, el mayorazgo de Dios, la salud del linaje humano, la luz de las gentes, la gloria de Israel, el descanso de mi corazon, y la suma de toda mi bienaventuranza; y por tal le confiese, y como á tal le ame, y nunca le suelte ni le deje de mis brazos hasta que por vuestra intercesion me saque de la penosa cárcel de

este cuerpo, y me libre de la peligrosa y congojosa guerra de esta vida, y como verdadera paz y pacificador del mundo recoja en paz mi espíritu, y abra los ojos de mi alma para que vean la luz del cielo, y vencida la muerte goce de la sempiterna vida. Amen.

Oracion del Niño perdido.

SEÑOR, ¿ adónde os dejé? ¿ Cómo os perdí? ¿ Cómo me dejásteis y desaparecísteis de mí? ¿ Adónde estais, Niño dulcísimo, que no os hallo, no os veo, no oigo vuestra voz, no gozo de vuestro amoroso rostro? ¿ Estais encubierto y escondido de mi ánima? Perdido andais porque yo

ando perdido, porque no os sé guardar ni servir como debo, ni ando cuidadoso y solícito delante de vuestro acatamiento y presencia. ¡ Oh corazón mio derramado y distraido ! ¿ Adónde estás cuando no estás con Jesus ? ¿ Cómo le pierdes, ó cómo te pierdes cuando le pierdes ? ¡ Oh pérdida incomparable ! ¡ Oh ausencia inconsolable del amado y del querido ! ¡ Ay dolor ! porque poco os amo, Señor, fácilmente os pierdo, y despues de perdido no suspiro y lloro por vos, ni os busco adonde os deberia buscar. Dadme gracia, bien mio, que yo no os pierda. Dadme gracia que si os perdiere os busque con cuidado donde vos estais, y que os halle y se goce mi ánima de haberos hallado, y que sea solícita en guardaros para que no os pierda más. Y si alguna vez, espo-

so mio amantísimo, escondiêreis vuestra faz de mí, si desapareciere espiritualmente y me privare de las consolaciones divinas y de la alegría de vuestra presencia, no desmaye yo ni pierda el vigor de mi ánimo y fortaleza que debo tener, ántes me humille y confunda, y confiado de vuestra benignísima piedad os busque como os buscó vuestra purísima Madre y Señora nuestra la Vírgen María. Sepa padecer por mis culpas lo que ella en este misterio sin ninguna culpa padeció. Sepa sacrificarme á mí, sepa sacrificarme como otro Abraham á Isaac, que quiere decir alegría, contentándome por vuestro amor y obediencia de carecer de vuestro regalo y suavidad; y aprenda de vos, Dios mio, á dar de mano á todas las otras obligaciones, aunque sean las natu-

rales de padre y madre, cuando la mayor y soberana del Padre celestial me llamare á sí. No tenga cuenta con la carne del que me engendró cuando vos, Padre mio y Señor mio, os quisiéreis servir de mí. Aprenda á obedecer y sujetarme á los hombres por vuestro amor, pues vos, Dios de infinita majestad, os sujetásteis y obedecísteis no solamente á vuestra Madre, sino tambien al que (en la opinion de los hombres) era vuestro Padre. Conozca la vanidad y engaño del mundo, para que dando libelo de repudio á todo lo que no sois vos, os busque y os halle, y me abrace con vos, ¡oh Niño perdido y dulcísimo Jesus! y á mí que soy el perdido me ganeis vos de manera que no os pierda más de vista, sino que os vea y goce para siempre en los siglos de los

siglos por intercesion de vuestra benditísima Madre, que habiéndoos perdido con dolor os buscó, y con indecible gozo os halló. Amen.

*Oracion de la Asuncion de
Nuestra Señora.*

SUBIÓ Cristo nuestro bien, Hijo vuestro, al cielo, ¡ oh Virgen benditísima! y os dejó á vos en el suelo para que la Santa Iglesia su esposa no quedase en un tiempo huérfana de padre y madre, y vos la criáseis á vuestros pechos, y por ser tan tierna la formáseis y la asentáseis, y con el ejemplo de vuestras admirables virtudes la enriqueciéseis y acrecentase la corona de vuestra inestimable glo-

ria. Pero despues que por algunos años alumbrásteis con vuestra vida al mundo , y plantásteis la Iglesia , y con vuestro ejemplo la encendísteis en el amor de vuestro Hijo con un deseo abrasado de verle , le suplicásteis que os sacase de este destierro y mar tempestuoso, y os llevase á aquel puerto seguro de la bienaventuranza, para que siempre estuviéseis abrazada con vuestro querido y gozáseis de su gloriosa vista.

Oyó el Señor (que siempre os oye) vuestra peticion, y por conformaros más consigo, y por mayor merecimiento vuestro y esfuerzo de nuestra flaqueza , quiso que muriéseis (como Él siendo autor de la vida habia muerto), aunque sin enfermedad ni dolor: sino de puro amor y deseo de verle, Trajo á vuestra presencia á los Após-

toles que por todo el mundo andaban predicando sus victorias para consuelo vuestro y regalo de ellos, y para que con vuestra vista y bendicion quedasen más armados y seguros contra los encuentros del comun enemigo; y el mismo Señor dulcísimo Hijo vuestro, acompañado de innumerables cortesanos de su real Córte, bajó del cielo por vuestra ánima Santísima, y despedida del cuerpo con increíble suavidad la recibió y la llevó al cielo, y la presentó á su Eterno Padre. Mas quedando, Señora purísima, vuestro cuerpo depositado en la tierra, no tuvo poder la corrupcion para gastarle, ni los gusanos se atrevieron á llegar á él; porque siendo la carne de vuestro benditísimo Hijo carne vuestra, así como no permitió Dios que el cuerpo del Hijo viese

corrupcion, así fué conveniente que tampoco la viese el vuestro, y que lo que se debe al Hijo por naturaleza se diese á la Madre por gracia; y que habiéndoos guardado el Señor de todo pecado, de dolor en el parto, y de detrimento en vuestra pureza virginal, guardase tambien vuestro cuerpo de toda podredumbre, y que no le faltase el privilegio que Dios ha hecho á los cuerpos de algunos otros Santos; y que habiendo estado en vuestro sagrado vientre aquel bálsamo divino, tuviese más virtud para conservarle fresco y entero en el sepulcro, que la que tiene el bálsamo de la tierra para preservar de corrupcion los cuerpos de los mortales. Pero para mayor gloria vuestra y alegría de toda la córte celestial, vuestro mismo Hijo descendió del cielo al sepulcro, acom-

pañado de vuestra misma alma y de innumerables ángeles, y dió vida al cuerpo muerto, y le volvió á juntar con aquella alma gloriosa, y le vistió de inmortalidad y de una claridad admirable, y le adornó de las dotes de los cuerpos gloriosos, y de una hermosura y gracia tan divina, que ni se puede explicar con palabras ni con entendimiento humano comprender.

Subísteis, Reina y Señora mia, subísteis por los aires recostada sobre vuestro querido, acompañándoos, asistiéndoos y sirviéndoos todos los ciudadanos de aquella imperial ciudad, y celebrando con extraordinario regocijo vuestro triunfo, hasta que presentada por vuestro Hijo en el acatamiento del Padre Eterno, y recibida de él como esposa dulcísima, y coronada de inmensa gloria, fuísteis

asentada en un trono aparte al lado de vuestro Hijo, y constituida Emperatriz del universo y Reina soberana de todo lo criado. Aquí vinieron todos aquellos divinos cortesanos á haceros reverencia y daros la obediencia como á su Reina y Señora, admirados de vuestra belleza, gracia y santidad, y que una pura criatura estuviese tan reluciente y vestida del sol y de su inmensa claridad, que oscureciese la de los demas Santos, y fuese tan encumbrada sobre todos ellos que apénas la pudiesen ver.

Pues, ¡oh Reina de los ángeles! ornamento y gloria de los hombres, consuelo de los justos, refugio de los pecadores; ¡oh Vírgen Soberana! cuello de este cuerpo místico de la Iglesia, tesorera y dispensadora de todos los dones de Dios, por cuyas

manos se reparten , y por cuya intercesion se derivan todas las gracias de aquella fuente perenne de la eterna bondad sobre los hijos de Adam ; yo os suplico , Señora mia , por vuestra preciosa muerte , por la gloria de vuestra santísima alma y de vuestro cuerpo , por el triunfo con que hoy subísteis al cielo , y por mano de la Santísima Trinidad fuísteis colocada sobre todos los coros de los celestiales espíritus y Santos , que desde ese excelso y sublime trono de gloria volvais vuestros piadosos ojos , y mireis á este miserable pecador é indigno esclavo vuestro sumido en el abismo de sus miserias , cercado de trabajos , rodeado de peligros , combatido de tentaciones , cargado de pecados , afligido de su propia conciencia , temeroso de la muerte , y dudoso de su

fin , y como anegado de las ondas y tempestades de esta miserable vida, si vos ¡ oh estrella divina ! ¡ oh norte cierto y seguro ! ¡ oh áncora de nuestra esperanza y prendas de nuestra bienaventuranza ! si vos , Señora mia, no me dais la mano , y por vuestra benignidad no me sacais á puerto de tranquilidad y de salud. Alcanzadme buena muerte por vuestra preciosa muerte , ¡ oh Señora ! y libradme de cualquier encuentro del enemigo aquella hora. Y pues sois juntamente Madre de Dios y abogada de los pecadores , no os olvidéis del mayor de todos los pecadores, que en el día de vuestra gloria y coronacion desea enmendarse y os pide favor. Por vos entró el Verbo Eterno en la tierra, y por vos, nosotros , que somos de tierra , entramos en el cielo.

Todos los negocios que despacha Dios, por vuestra mano los despacha: los cortesanos del cielo, los hombres de la tierra, las ánimas del purgatorio y hasta los demonios del mismo infierno os reconocen por Señora, y se humillan y postran á vuestros piés. La caridad y celo de los Apóstoles, la paciencia y fortaleza de los mártires, la sabiduría y luz de los doctores, la humildad y penitencia de los confesores, la castidad y pureza de las vírgenes, y todo el ornato, gracia y gloria de la Iglesia Católica es gracia de vuestra intercesion. ¿Qué religion se fundó jamás en ella, y vivió y floreció en santidad, que no fuese por haberla vos tomado debajo de vuestras alas y proteccion? ¿Qué Rey pudo gobernar y conservar bien su reino, qué Juez administrar justi-

cia, qué capitan alcanzar victoria sino por vos? ¿Qué doncella guardar virginidad, qué casada continencia conyugal, qué viuda honestidad vidual, qué justo su buena vida, qué pecador convertirse á Dios sino teniéndole vos de vuestra mano? El que fué tentado y resistió, por vos resistió; el que iba á caer y no cayó, por vos estuvo en pié; y el que cayó y se levantó, por vos se levantó.

¿Quién jamás, ¡oh benignísima Señora! os invocó que no hallase remedio en sus necesidades? Por eso todos los angustiados y afligidos acorren á vos, porque sois nuestro refugio, nuestra esperanza y consuelo. Pues á todos acogeis, no sea yo desechado; pues para todos sois benigna, misericordiosa y suave, no sea yo solo castigado como merezco por mis graves

culpas, sino perdonado por vuestra santa intercesion. Mirad, ¡ oh Reina del cielo y segura esperanza mia! que hoy es dia de indulgencia y jubileo plenísimo, es dia de gracias y mercedes, pues en él fuísteis coronada, y tomásteis la quieta posesion del Reino, y todo lo criado se sujetó á vuestros piés. Levantadme y alentadme, para que mortificadas mis pasiones y crucificados mis viciosos apetitos, yo viva de Cristo, y en Cristo, y para Cristo vuestro dulcísimo Hijo, y estando con el cuerpo en la tierra, more con el corazon en el cielo, y merezca subir á donde vos estais, y gozar de Él y de vos en los siglos de los siglos. Amen.

*Oracion de Nuestra Señora
de las Nieves.*

¿QUIÉN, ¡ oh Vírgen benditísima !
no se pondrá debajo de vuestras
alas, viendo cuán bien consolais á los
afligidos, y amparais á los que se fian
de vos ? ¿ Cuánto mejor heredera fuís-
teis vos de Juan Patricio y de su mu-
jer, y de los grandes bienes que po-
seian, que lo pudieran ser sus hijos
cuya sucesion por ventura ya fuera
acabada, y sepultada en perpétuo
olvido su memoria, la cual ahora
vive y vivirá para siempre, porque
con el templo que os edificaron vos
los hicísteis gloriosos é inmortales ?
¿ Pues quién, Señora mia, esperanza
y dulzura de mi corazon ; quién por
más combatido que sea y más encen-

dido en vivas llamas de concupiscencia desconfiará de poderlas apagar con el rocío del cielo, y hallar refrigerio y victoria mediante vuestras oraciones, considerando que sois poderosa para templar los más fuertes ardores del estío con la nieve más fría del invierno? Alabada y glorificada seais vos: viva yo siempre debajo de vuestra sombra y amparo, y sepa que no tengo que temer teniéndos á vos propicia y favorable.

Oracion á Nuestra Señora.

Dios te salve, ¡oh Señora admirable! y despues de Dios entre todos los Santos Santísima, que con

virginidad de Madre y con maternidad de Vírgen maravillosamente engendraste á Jesucristo Salvador del mundo. Tú eres graciosísimo templo de Dios, tú sagrario del Espíritu Santo, tú recámara gloriosa de la Santísima Trinidad. Por tu Hijo, Señora, vive la redondez de la tierra; contigo se recrean los vivos, y con la memoria de tu dulce nombre se alegran las ánimas de los finados. Inclina, Señora y fiel abogada mia, los ojos de tu misericordia á este tu vil siervo, é impétrame entero perdón de mis culpas, y la perfecta abnegacion y mortificacion de mis vicios, y un corazon puro, humilde, benigno y herido del amor de tu dulcísimo Hijo, para que él more y descanse en mí, y yo sea contado entre los hijos que tú como Madre amas, enseñas, guías,

enderizas y amparas, pues despues del Señor tú eres y siempre serás la esperanza y suave consuelo de mi ánima.

¡ Oh si te pudiese hacer algun agradable servicio ! Muy descuidado he sido hasta aquí , de lo cual me pesa, y por este mi descuido te ofrezco el amoroso corazon de tu precioso Hijo. ¡ Oh defensora mia ! déjate hallar del que te busca , y da la mano al que confia en tí ; descarna mi corazon de todas las cosas de la tierra , y refocí-lale con aquella alegría sempiterna : y pues navego por un mar tan tempestuoso y peligroso, tú , como piadosa y reluciente estrella , guíame al fin de la navegacion y postrero término de mi vida , para que con tu luz vaya bien encaminado , y defendiéndome y llevándome tú , llegue al deseado puerto de la celestial Jerusalem ,

donde te ame , alabe y glorifique por todos los siglos de los siglos. Amen.

*Otra oracion á la santísima Virgen
Nuestra Señora.*

Dios te salve , lirio hermosísimo de la Santísima Trinidad ; Dios te salve , violeta divina y rosa de maravillosa frescura y perpétua suavidad ; Dios te salve , María benignísima , que trajiste nueve meses en tus purísimas entrañas al Rey del cielo, y le pariste sin dolor y sin mengua de tu virginidad , y le criaste á tus pechos : mírame , Señora , con ojos benignos , pues conoces mi fragilidad y miseria , y asísteme en todas mis tentaciones , necesidades y peligros,

y especialmente en la hora de mi muerte, para que con tu amparo y ayuda merezca siempre ser seguro en aquel Señor que á tí escogió por Madre, y á mí me da confianza en tu proteccion. Amen.

*Oracion á Cristo haciéndole
gracias por las gracias y privilegios
que dió á su benditísima Madre.*

Yo te adoro, alabo y glorifico, y te hago gracias, ¡oh Jesucristo Hijo de Dios vivo! por todos los beneficios, gracias y dones que has dado y continuamente das á tu gloriosísima Madre la Vírgen María nuestra Señora. Bendito seas tú por haberla escogido entre todas las mujeres por

Madre , y por haberla preservado del pecado original y adornádola y enriquecido de todas las gracias que caben en una pura criatura. Alábente los ángeles por haber querido que te concibiese por virtud del Espíritu Santo , y que te trajese nueve meses en sus purísimas entrañas , y que te pariese sin dolor , y que te criase con su leche. Glorificado seas tú, Señor mio, por la sujecion y obediencia que tantos años le tuviste , y por la asistencia con que ella te acompañó en tu predicacion , pasion y muerte , cooperando y gozándose de la obra de nuestra redencion. Todas las criaturas ensalcen tu grandeza por haberla sobreensalzado y colocado en cuerpo y alma sobre todos los coros de los ángeles , y dádola á tu Iglesia por Reina , abogada y Madre. Yo te

ofrezco, Señor, su piadoso corazon y sus merecimientos por mí y por toda la Iglesia, y por ella me encomiendo á tus suavísimas entrañas. ¡ Oh clementísima, piísima y dulcísima María! deseo ser todo tuyo y que tú seas toda mia, gobernándome, guardándome, poseyéndome y librándome de todos los males é impedimentos que me puedan apartar de tu benditísimo Hijo y Señor mio; lo cual te pido y suplico y espero alcanzar por tu intercesion. Amen.

*Oracion de San Gregorio
Nazianceno á Nuestra Señora.*

Yo os ofrezco, ¡ oh Reina del cielo! una guirnalda de flores por

las gracias que he recibido por vuestra intercesion , y porque siempre me librais de muchas y grandes calamidades , y de los encuentros de mis enemigos visibles é invisibles. Ayudadme para que cada dia crezca en la virtud , y os tenga por guia y refugio , por patrona y amparo de mi vida , y fiel abogada delante de vuestro Hijo. No permitais que yo sea entregado á aquellos crueles sayones, ni que el maligno acusador de los hombres se ria de mí. Asistidme y libradme de las penas que merezco , para que mirándome vos con ojos blandos y amorosos, yo llegue á puerto de salud y de vida eterna. Amen.

*Oracion de San Efren Siro,
compañero de San Basilio, á Nues-
tra Señora.*

DH Virgen purísima! Madre de Dios, Reina de todo lo criado, levantada sobre todos los cortesanos del cielo, y más resplandeciente y pura que los rayos del sol; vos sois más gloriosa que los querubines, y más santa que los serafines, y sin comparacion más sublime y aventajada que todos los ejércitos del cielo. Vos sois la esperanza de los patriarcas, la gloria de los profetas, la alabanza de los apóstoles, honra de los mártires, alegría de los santos, ornamento de las sagradas jerarquías, corona de las vírgenes, inaccesible por

vuestra inmensa claridad , princesa de todos , y guia de todos , y doncella sacratísima ; por vos somos reconciliados á Cristo mi Señor. Guardadme debajo de vuestras alas , apiadaos de mí que estoy sucio con mis pasiones y manchado con los innumerables males que he cometido contra mi Juez y Criador. No se gloríe Sathanás, ni el maligno enemigo prevalezca contra mí viéndome desamparado de vos. No tengo otra confianza sino en vos , que sois el áncora de mi esperanza , y el puerto de mi salud , y socorro oportuno en la tribulacion. Llenad mi boca de la dulzura de vuestra gracia , alumbrad mi ánima , pues sois llena de gracia , moved mi lengua y mis labios en vuestros loores , para que muchas veces os repita aquella salutacion con que os saludó el Ar-

cángel San Gabriel , y con el corazón humilde y gozoso os diga :

Dios te salve , vaso esplendidísimo y riquísimo. Dios te salve , María y Señora mia , llena de gracia. Dios te salve , Vírgen entre todas las mujeres benditísima. Dios te salve , estrella rutilante y luz clarísima , Madre y Vírgen , que pariste al Rey del universo y nos diste al sol de justicia. Dios te salve , paz , gozo y salud del mundo , alegría del linaje humano , deseo de todos los padres , gloria de los patriarcas , hermosura de los mártires , corona de los santos , ornamento de toda la Côte celestial , prodigio y milagro estupendo , paraíso de deleites , árbol de la vida , refugio de los pecadores , consuelo de los justos , puerto de los que navegan , y ayudadora certísima de los que peligran y

se hallan en algun afan. Ayúdame, Señora, socórreme, ampárame, y con tus oraciones sálvame de los peligros de esta vida, para que llegue á la eterna. Amen.

Oracion de San Agustin á Nuestra Señora.

DH Vírgen santísima María! socorred á los miserables, esforzad á los flacos, consolad á los afligidos, rogad por el pueblo, interceded por el clero, favoreced al linaje devoto de las mujeres, sientan vuestra ayuda todos los que celebran vuestras alabanzas é invocan vuestro patrocinio. Amen.

*Oracion de San Anselmo á Nuestra
Señora.*

DH Madre de nuestra salud ! templo de piedad y misericordia, entre los santos (despues de Dios) santísima, madre de admirable virginitad, que vences á todos los ángeles en la pureza, y á todos los santos en la perfeccion y santidad; Reina del cielo, Señora de todo lo criado, socórrenos, ¡ oh Princesa piísima, y no atiendas á la muchedumbre de nuestros pecados, sino inclina tu piadoso corazon á nuestra necesidad y miseria. Suplicámoste que nos ayudes, para que aquella alabanza que con tanta razon siempre has tenido de ser Madre y refugio de pecadores, se conserve y crezca en nosotros viéndo-

nos libres y salvos por tu intercesion. Y pues de tí nació la fuente de la misericordia, yo te suplico, Señora, que no dilates tu misericordia donde conoces que hay tan gran miseria, y que perdones al siervo de tu Hijo: y tú, Hijo benditísimo, perdona al indigno siervo de tu dignísima Madre, que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas para siempre jamás. Amen.

Oracion à Nuestra Señora, sacada de las Obras de San Bernardo.

QUIÉN no se maravillará, Señora benditísima, de la incorrupcion de vuestra carne, de la santidad de la vida, de la fecundidad de Madre

con la entereza de Vírgen , y de vuestro parto divino , y que hayais concebido sin deleite de concupiscencia y parido sin dolor ? ¿ Quién no os ensalzará viendo que los ángeles se postran delante de vos , las gentes suspiran por vos , los patriarcas os desean , los profetas con várias figuras os pintan y dibujan como á escogida del Señor , como á descubridora de la gracia , medianera de nuestra salud y reparadora de los siglos ? A vos miran como al arca de Dios los ángeles del cielo para que repareis sus sillas , y los que están en el purgatorio para que los libreis de sus penas , y los que están en la tierra para que los favorezcáis y glorifiqueis. Pues , ¡ oh Señora , medianera y abogada nuestra ! reconciliadnos con vuestro Hijo , encomendadnos y presentadnos á

vuestro Hijo, y por la gracia que hallasteis, y por las prerogativas que merecisteis, y por la misericordia que paristeis, os suplico que así como por vos se vistió de mi flaqueza y miseria, así por vos me haga participo-nero de su gloria y bienaventuranza. Amen.

Oracion á Nuestra Señora para pedirle su gracia en escoger estado.

QH Madre de mi Señor Jesucristo, madre de piedad y de misericordia, madre y refugio de pecadores! socorredme en este trance, ayudadme y favorecedme, porque me hallo dudoso y perplejo, y no sé lo que me conviene ni lo que debo escoger para

mi salvacion. Querria tomar estado y manera de vivir conforme á la voluntad de mi Dios, y no segun mi gusto: véome mozo, flaco, inclinado desde el vientre de mi madre á la maldad; mi edad y mi carne, el mundo y el demonio están armados contra mí, las malas compañías me cercan, los deudos y amigos me aconsejan lo que á ellos les viene á cuento más que lo que á mí me conviene para salud de mi alma, que es lo que yo pretendo y debo pretender. Vos, Señora mia y madre del divino consejero y de la sabiduría eterna Jesucristo mi Señor, enseñadme su voluntad, abridme el camino, ahuyentad los demonios, apartad de mí las malas compañías, descubridme las celadas y enfrenad los ímpetus de mis enemigos, impetradme gracia para vencer las blandu-

ras de mi carne y los silbos de la serpiente infernal, y todo lo que me puede ofuscar el entendimiento para que no conozca, ó entibiar la voluntad para que no abrace lo que mi Señor quiere de mí. Vos sois mi guía, mi abogada, mi patrona y protectora; alumbradme, guiadme, amparadme, y en vida y en muerte acogedme, y presentadme á vuestro benditísimo Hijo, para que por vos me reciba el que por vos se dignó ser mi Salvador y único Redentor. Amen.

*Oracion á Nuestra Señora
para el tiempo de la tribulacion.*

SENORA mia benditísima, ¿quién ha sido en esta vida más atribu-

lado despues de vuestro benditísimo Hijo que vos? ¿Quién ha sido más combatido de angustias y penas? ¿Quién atravesado de más agudo cuchillo de dolor? Todas las olas y tormentos que pasó vuestro piadoso corazon, no solamente os sirvieron para ser más semejante en el padecer á vuestro Hijo y acrecentar vuestras coronas, sino tambien para que os compadecièseis más de los que padecemos, y dieseis la mano y sustentaseis con vuestro brazo poderoso á los que sumidos en el abismo de miserias y calamidades, nos anegaríamos si no alzàsemos los ojos á vos. Yo estoy en la hora presente afligido, el agua me llega á la boca, por todas partes estoy cercado de penas, no tengo en qué respirar, ni veo cosa en que pueda estribar ni hacer pié. El sol se me ha

oscurecido, todas las cosas me atormentan, y no tengo otro refugio ni otra estrella á quien mirar sino á vos, en cuyos dulcísimos brazos me echo, y en cuyo fidelísimo patrocinio confío: y sé cierto que ántes faltará el cielo y la tierra que vuestro socorro á los que os le piden, y con humildad y devocion esperan en vos; porque cuanto las cosas están más apretadas y más sin remedio, tanto las entrañas suavísimas de vuestra piedad y de vuestra poderosa misericordia resplandecen más, sanando las llagas incurables, y dando fácil salida á lo que humanamente parece que no la tiene, como os suplico que lo hagais en esta mi necesidad. Amen.

*Oracion á Nuestra Señora para
pedir buena muerte.*

QH Vírgen benditísima! ¡ Oh re-
fugio y esperanza de pecadores!
postrado á tus sagrados piés yo te
suplico por la honra que tienes de ser
Madre de Dios y Vírgen perpétua y
sin mancilla, que cuando mi alma
pecadora saliere de la cárcel de este
cuerpo mortal, tú la acojas en tus
preciosos brazos, y la guardes y de-
fiendas de todas las acusaciones, te-
rrorès, espantos, ilusiones y engaños
de los infernales espíritus. Ven, Seño-
ra mia, en aquella hora acompañada
de los ciudadanos de la Côte celes-
tial, y llévame por camino derecho y
seguro, y preséntame ante el acata-
miento de tu dulcísimo Hijo, y para

que Él me perdone muéstrale esos sagrados pechos que le diste.

No podré yo por ventura al punto de mi muerte encomendarte mi alma, mas ahora para entónces te la encomiendo, ¡oh Madre de misericordia! y juntamente te ofrezco el amor con que el Eterno Padre te encomendó á su unigénito Hijo para que tambien fuese Hijo tuyo, y se vistiese de nuestra carne en tus sagradas entrañas, y la caridad con que el mismo Hijo desde el madero santo te encomendó á su querido discípulo y te le dió por hijo, y aquella gloria con que toda la Santísima Trinidad recibió tu alma Santísima cuando desatada del cuerpo subió al cielo. Pues ¡oh Madre de misericordia! ¡Oh esperanza mia! ¡Oh Virgen purísima y dulcísima! no me desampares en aquella hora,

ni permitas que por mi culpa se pierda en mí el fruto de la sangre que de tí tomó y por mí derramó Jesucristo, tu benditísimo Hijo y mi Señor. Amen.

FIN.

ÍNDICE.

| | <u>Pág.</u> |
|--|-------------|
| Vida de la Santísima Virgen. . . | 5 |
| Oracion de la purísima Concepcion de Nuestra Señora. | 71 |
| Oracion de la Natividad de Nuestra Señora.. | 80 |
| Oracion de la Presentacion de Nuestra Señora al templo.. . . | 85 |
| Oracion de la Anunciacion de Nuestra Señora.. | 88 |
| Oracion de la Visitacion de la Virgen á Santa Isabel.. . . . | 92 |
| Oracion de la revelacion de la limpieza de Nuestra Señora hecha á San José.. | 97 |
| Oracion de la Expectacion del parto de Nuestra Señora. . . . | 103 |

| | |
|--|-----|
| Oracion de la alegría de la Virgen despues que parió á su precioso Hijo.. | 106 |
| Oracion de la Purificacion de Nuestra Señora. | 109 |
| Oracion del Niño perdido. | 113 |
| Oracion de la Asuncion de Nuestra Señora. | 117 |
| Oracion á Nuestra Señora de las Nieves.. | 128 |
| Otra oracion á Nuestra Señora. | 129 |
| Otra oracion á Nuestra Señora. | 132 |
| Oracion á Cristo haciéndole gracias por las gracias y privilegios que dió á su Santísima Madre.. | 133 |
| Oracion de San Gregorio Nazianceno á Nuestra Señora. | 135 |
| Oracion de San Efren Siro á Nuestra Señora.. | 137 |
| Oracion de San Agustin á Nuestra Señora.. | 140 |
| Oracion de San Anselmo á Nuestra Señora.. | 141 |
| Oracion sacada de San Bernardo. | 142 |

| | |
|--|-----|
| Oracion á Nuestra Señora para pedirle su gracia en escoger estado. | 144 |
| Oracion á Nuestra Señora para el tiempo de la tribulacion. . . | 146 |
| Oracion á Nuestra Señora para pedir buena muerte. | 149 |

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA EN
MADRID, EN EL ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE LOS SUCESORES
DE RIVADENEYRA, Á XXIV DE
AGOSTO DEL AÑO DEL SEÑOR
DE MDCCCLXXXII.

A. M. D. G.



OBRAS ASCÉTICAS

ESGOGIDAS DEL

P. PEDRO DE RIVADENEIRA.

Tratado de la Tribulacion: segunda edicion, con el retrato del autor, grabado en acero: un volúmen de 464 páginas, 16 reales en Madrid y 18 en provincias.—*Vida y Misterios de Cristo Nuestro Señor*: un volúmen de 416 páginas, con un hermosísimo grabado en acero, 16 reales en Madrid y 18 en provincias.—*La Vida sola* (sin los discursos sobre los misterios): en un volúmen de 107 páginas, elegantemente encartado, muy útil para las escuelas de

instrucción primaria y centros católicos, declarada de texto por Real orden de 23 de Mayo de 1882, inserta en la Gaceta del 12 de Junio, al ínfimo precio de 2 reales en toda España. Además se regala un ejemplar en docena.—*Vida y Misterios de la Virgen María*: un volúmen de 418 páginas, con dos preciosos grabados en acero, de la Dolorosa y el San José de Murillo, 16 reales en Madrid y 18 en provincias.

Vida de San Ignacio de Loyola: un abultadísimo volúmen, con un admirable retrato del ilustre Fundador, 24 reales en Madrid y 28 en provincias. Agotada la edición.

Manual de oraciones: un volúmen de 368 páginas, con cinco magníficas láminas, debidas al buril del insigne artista Sr. Maura. Tiene concedidas varias indulgencias. Quedan pocos ejemplares: 16 reales en Madrid y 18 en provincias.

Vida de San Francisco de Asís: edición diamante en papel de hilo,

con un hermoso grabado en cobre del cuadro de Murillo: 3 reales en toda España, franco de porte.

Vida de la Santísima Virgen, con muchas y preciosísimas oraciones, enriquecidas con várias indulgencias: edicion diamante en papel de hilo, con un grabado en cobre de la Purísima Concepcion de Murillo: 4 reales en toda España.

Vida de Santa Teresa de Jesus, por el P. Nieremberg: edicion diamante en papel de hilo, con el retrato de la insigne Fundadora y el facsímile de su firma: 4 reales en toda España. Quedan pocos ejemplares.

Vida de Santa Teresa de Jesus, escrita por ella misma: edicion elegantísima, en papel de hilo, con un parecidísimo retrato de nuestra Santa compatriota: un hermoso tomo de 37 pliegos de impresion correcta y esmerada, 24 reales en Madrid y 26 en provincias. Está para agotarse la cortísima tirada que se ha hecho.

Libro de las fundaciones que hizo en España Santa Teresa de Jesus, conforme al original autógráfo, anotado por D. Vicente de la Fuente. Esta obra, continuacion y complemento de la *Vida*, y en la que resplandece de un modo singular el estilo admirablemente sencillo y elegante de la que es gloria de nuestra patria, se halla de venta á 16 reales en Madrid y 18 en provincias. Ejemplares en papel de hilo á 24 reales en toda España.

Los pedidos, acompañados de su importe, al Editor, D. José del Ojo y Gomez, Leganitos, 18, 2.º izquierda.

Harmonía entre la ciencia y la fé, por el P. Miguel Mir. Esta obra notabilísima se vende á 6 pesetas en Madrid y 6,50 en provincias.





ARCHIVO
MARIANO

Biblioteca

VOLUMEN No 2067

